LOS NÚMEROS EN LA BIBLIA

El singular propósito de Dios en la numerología bíblica

Robert D. Johnston

LOS NÚMEROS EN LA BIBLIA

El singular propósito de Dios
en la numerología bíblica

Robert D. Johnston



EDITORIAL PORTAVOZ

Los números en la Biblia, de Robert D. Johnston,

Título del original: *Numbers in the Bible: God's Unique Design in Biblical Numbers*, publicado 1990 por Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan.

Traducción: David Cáceres González
Diseño de la portada: Alan G. Hartman

EDITORIAL PORTAVOZ
Kregel Publications
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 EE.UU.A

ISBN 0-8254-1364-8

2 3 4 5 impresión / año 98 97

Printed in the United States of America

Contenido

Prefacio 4
1. Un libro eterno 5
2. Un libro inspirado 11
3. Un propósito en la creación 21
4. Un propósito en la Palabra de Dios 29
5. El número uno 39
6. El número dos 45
7. El número tres 51
8. El número cuatro 57
9. El número cinco 59
10. El número seis 63
11. El número siete 67
12. El número ocho 71
13. El número nueve 73
14. El número diez 75
15. El número once 79
16. El número doce 81
17. El número cuarenta 83
18. La perfección numérica de Cristo 85
19. Exactitud matemática 97
20. Sacándole provecho a la lectura 105

Prefacio

Aún quedan rincones en los grandes océanos cuyas aguas no han sido molestadas por la sondaleza del navegante, donde «oscuras e insondables cuevas» aún conservan maravillosos secretos almacenados. En los inabarcables confines de los cielos danzan miríadas de estrellas que ni el más potente telescopio ha sido capaz de mostrar al astrónomo. Y, a pesar de la incansable búsqueda del hombre, todavía hoy continúan escondidas en las entrañas de la tierra gemas de incalculable valor. Así sucede con la Palabra de Dios, tema de las próximas páginas, que no pretenden más que enseñar una parte de su estructura sobrenatural, especialmente en la manera sistemática en que los números son empleados. Aunque la materia que en ellas se trata no es nueva, lo es, con toda seguridad, para muchos fieles lectores de las Escrituras.

Si algún humilde servidor de Dios y su Palabra recibiera ayuda y aliento a través de lo escrito, el pequeño esfuerzo que ha supuesto el redactarlo sería ampliamente recompensado.

1
Un libro eterno

El antiguo folklore de Oriente nos habla de un ave fabulosa, el ave fénix. Después de haber vivido durante quinientos años en Arabia, se tendió sobre la pira funeraria que ella misma se había construido y quedó reducida a cenizas, para resurgir luego de ellas con renovado vigor. Así, se convirtió, entre nuestros predecesores, en el símbolo de la inmortalidad. La Biblia también, a menudo colocada en la pira de la sabiduría humana y reducida a lo que parecería un montón de cenizas, ha surgido de nuevo, como el fénix, con el renovado vigor de la eterna juventud intacto. Existe una razón, y solamente una, que explique este hecho; y es que la Biblia no es producto de los hombres sino de Dios, y que sus palabras están inspiradas por Dios (2 Ti. 3:16), palabras «que enseña el Espíritu» (1 Co. 2:13). Por lo tanto, no se trata del símbolo de la inmortalidad sino de la inmortalidad en sí misma, la verdadera «palabra de Dios que vive y permanece para siempre» (1 P. 1:23).

Ya en los albores de la historia del hombre, la primera crítica, precursora de un conjunto siempre en aumento, empezó a sembrar las insidiosas semillas de la duda, al romper la tranquilidad de aquel primer escena-

rio con la sugerente pregunta: «¿Conque Dios os ha dicho...?» (Gn. 3:1). El ataque perpetrado, entonces en forma negativa, por la «serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás» (Ap. 12:9) en contra de la verdad de la Palabra de Dios pronto se perfeccionó y dio lugar a estas palabras, ahora en forma positiva: «No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios...» (Gn. 3:4-5). Desde entonces y hasta nuestros días, el ataque no ha hecho más que incrementarse. A través de los siglos, los vendavales de la oposición y la infidelidad han azotado con furia la misma Palabra, pero todo esfuerzo ha resultado en vano, porque la estructura de las Sagradas Escrituras ha permanecido intacta, sin que una sola piedra se haya movido, y mucho menos arrancado, desde los cimientos hasta el más alto de los pináculos.

El antagonismo humano hacia la Palabra de Dios nace del hecho de que la Biblia denuncia la condición de pecador del hombre, desprecia su sabiduría, hace que su más grande hazaña parezca insignificante, y reduce a polvo su orgullo. Como alguien ha dicho: «La Biblia es un libro tal, que ningún hombre podría escribirlo aunque quisiera, ni querría escribirlo aunque pudiera.» El hombre ha dirigido, contra este libro, su más intenso odio, mostrando su determinación a deshacerse de una acusación tan molesta para su depravada condición. Y, para conseguirlo, individuo tras individuo ha ido engrosando las filas de esta lucha.

> Celso lo intentó con toda la agudeza de su genialidad, pero fracasó. Después lo hizo Porfirio con lo más profundo de su filosofía, pero fracasó. Lucio también lo intentó con sus más sutiles sátiras, y fracasó. Diocleciano fue el siguiente en intentarlo, esta vez con nuevas armas: dirigió en contra de la Biblia todo el poder político y militar del más grande imperio que el mundo ha conocido, a la altura de su propia gloria. Promulgó edictos que ordenaban que las Biblias debían ser quemadas, pero también fracasó. Posteriormente decretó nuevos edictos, en los que se condenaba a muerte a todos aquellos que poseyeran una Biblia; pero, aun así, fracasó. Todos los mecanismos de destrucción que el hombre y su sabiduría, ciencia, filosofía, ingenio, sátira, fuerza y atrocidad pudieron concebir en contra de un libro se utilizaron en contra de la Biblia, y la Biblia aún permanece (R. A. Torrey).

La determinación de estos ataques no se limita únicamente a la antigüedad. En tiempos más modernos, las agresiones no han perdido nada de su virulencia.

> La Biblia ha tenido que soportar, por parte de Hume, Gibbon, Voltaire y La Place, sin mencionar un sinnúmero de atacantes de segunda fila, las acometidas de los más grandes genios, la destreza más punzante y los intelectos más agudos. Para darle la apariencia de ingeniosas fábulas y ardides, los filósofos han indagado entre los misterios de la ciencia, los viajeros entre los añejos restos del pasado, los geólogos han saqueado las entrañas de la tierra y los astrónomos las estrellas del firmamento; y, a pesar de haber resistido las fábulas más ingeniosas y hábilmente concebidas de los últimos dieciocho siglos, aún persiste (Thomas Guthrie).

Esta perpetuidad de las Escrituras nos dice mucho acerca de su origen. Lo que el hombre ha creado también lo puede destruir. Pero la Biblia, como Palabra de Dios, participa de su carácter, y permanecerá por los siglos de

los siglos. Poco importa lo intensa que pueda ser la oposición, porque acabará por perecer, mientras que el Libro que es objeto de su odio está predestinado a perdurar para siempre. Todo lo que tiene que ver con el hombre se desvanecerá con el paso del tiempo, pero la Biblia es el libro de la eternidad. Cuando las obras del hombre, que él considera imperecederas y en las que abriga todas sus esperanzas, se pierdan en el olvido, este Libro aún perdurará. Las palabras de Jesús acerca de sus propias enseñanzas son también verdaderas para todo el libro: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt. 24:35). Como ha sucedido, así acontecerá.

> El imperio de los Césares pasó, las legiones romanas sirven de molde al polvo, las avalanchas que lanzó Napoleón contra Europa se deshicieron, el orgullo de los faraones se ha perdido, las pirámides que erigieron para que fueran sus tumbas se hunden cada día más en las arenas del desierto, Tiro no es más que una roca donde los pescadores secan sus redes al sol, Sidón no ha dejado más que restos dispersos tras de sí; pero la Palabra de Dios todavía vive. Todo lo que amenazaba con hacerla desaparecer no ha hecho más que favorecerla; y esto demuestra, una y otra vez, lo efímero del más grandioso monumento que el hombre pueda erigir y, por el contrario, lo eterno de la más mínima palabra que Dios haya podido pronunciar. La tradición le ha cavado una tumba y la intolerancia frecuentemente le ha encendido una pira; muchos Judas la han traicionado y muchos Pedros la han negado, muchos Demas la han abandonado, pero la Palabra de Dios aún perdura (Cumming).

Cuán endeble es, pues, la lucha del hombre contra la revelación divina, ya se trate de oposición desde fuera,

enemiga y declarada a viva voz, o desde dentro, en forma de «crítica superior», disfrazada de amigo. El siguiente párrafo describe con precisión este segundo tipo de oposición. Robert C. Chapman, hombre piadoso de Barnstaple que partió a recibir su galardón en junio de 1902, a la edad de noventa y nueve años, respondió, al preguntársele su opinión sobre la crítica moderna, con la siguiente parábola:

> Mientras caminaba yo un día, bajo un resplandeciente sol de mediados de verano en un cielo despejado de toda nube, con sus rayos de mediodía, se me acercó una persona, desconocida para mí, quien con delicadeza y aire condescendiente se ofreció a mostrarme el camino. Llevaba en la mano un farol, y dentro de él una vela que no le servía de nada. La pena impidió que me saltara la risa y, tan gravemente como pude, rehusé su ofrecimiento. Después me enteré de que se llamaba «crítica superior».

Las siguientes versos descubren la relación entre la Palabra de Dios y las críticas que, en todas las generaciones, ha recibido, así como el seguro destino de ellas:

Ayer, al atardecer, me acerqué a la herrería
  Y escuché cómo el yunque daba las horas de la tarde.
Miré y vi en el suelo
  Viejos martillos, consumidos por el uso.
"¿Cuántos yunques has empleado" —dije al herrero—
  para gastar y aboyar de tal manera los martillos?"
"Sólo uno" —respondió, con los ojos centelleándole, el
  herrero.
  "Ya sabes que el yunque desgasta los martillos."
Así también, pensé yo, el yunque de la Palabra de Dios;

Escépticos golpes la han atacado durante generaciones
Y, aunque se oyó el repiqueteo,
El yunque sigue intacto, ¡y los martillos han desaparecido!

Así, el tiempo y la historia están dando la razón a las palabras mismas de las Escrituras: «Porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre» (1 P. 1:24-25).

2
Un libro inspirado

La afirmación: «Puede que la Biblia esté inspirada, pero también lo están las obras de todos los grandes autores» es muy corriente en nuestros días. Se ha puesto de moda, entre las clases que se precian de tener cultura, el atribuir esas obras a «la inspiración del genio». Pero, de la misma manera que la energía del sol es la fuente de luz más perfecta de todas las que están al abasto del hombre, la Biblia es inmensurablemente superior a todos los demás escritos que éste haya podido producir. Ningún otro libro afirma de sí mismo lo que la Biblia dice de sí misma. Nada más empezar a leerla, nos encontramos con la significativa frase: «Y dijo Dios» (Gn. 1:3). En el primer capítulo, esta frase se repite diez veces, junto con la frase, prácticamente igual: «Dijo luego Dios», que también aparece en repetidas ocasiones. En los cinco primeros libros, según el doctor Brookes, palabras similares aparecen 501 veces; 292 en los libros históricos y los Salmos, y 1.111 en los libros proféticos. Por lo tanto, el Antiguo Testamento contiene un total de 1.904 acotaciones directas de su Autor. La extraordinaria perpetuidad de la Biblia es una prueba evidente de lo divino de su origen.

Y ésta no es, ni mucho menos, la única prueba. «¿Cómo sabes que la Biblia está inspirada?», preguntaron una vez a un joven. La respuesta fue instantánea: «¡Porque me inspira a mí!» Una segunda manifestación del origen divino de las Escrituras se encuentra en el poder con el que han influido, y continúan influyendo, las vidas de los hombres. Una prueba de índole tal desafía cualquier intento de desmentirla y se afianza firmemente en la base de la experiencia personal, demostrando la falsedad de toda impugnación. Tal como se ha escrito: «La mejor prueba de la infalibilidad de la Biblia es la de que así lo hemos descubierto nosotros mismos. De la misma manera que una moneda siempre ha tenido el valor que se halla inscrito en una de sus caras, así también las profecías y promesas de las Sagradas Escrituras pagan su valor nominal a quienes se esmeran en atestiguarlas.» Y, ¿con qué resultado? Con el paso de los tiempos nos llega el susurro de una multitud de voces que asienten y que aumentan su volumen año tras año, hasta que exploten en un tremendo rugido de alabanza a Dios, entonando cada una de ellas: «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy...» (1 Co. 15:10); una gracia reverentemente contenida y expresada en las mismas Escrituras. El único libro capaz de transformar de manera efectiva las vidas de los hombres, debe ser, forzosamente, el Libro de Dios.

Aparte de estas pruebas externas, también se pueden encontrar otras internas que manifiestan más allá de toda duda que «toda la Escritura es inspirada por Dios» (2 Ti. 3:16). La Biblia es un conjunto de sesenta y seis libros, escritos en tres lenguas diferentes, hebreo, arameo y griego, y que abarcan diferentes formas y estructuras literarias. Cuarenta hombres, tan diferentes en sus conocimientos como en su clase social, y que habitaban en lugares separados por cientos de kilómetros, fueron usados, a lo largo de un período de quince siglos, para escribir estos libros. Y, sin embargo, este Libro muestra una sola, y al mismo tiempo perfecta progresión en la revelación de la verdad; y una, igualmente perfecta, unidad irrompible, unidad que desconcierta la comprensión del hombre y que impone la aceptación de su inspiración divina.

James Hastings lo ha manifestado con estas palabras:

> La uniformidad de los autores de este Libro es insólita. En él escriben reyes, emperadores, príncipes, poetas, sabios, filósofos, pescadores, hombres de Estado; hombres instruidos en la sabiduría de Egipto, educados en las escuelas de Babilonia, aleccionados bajo la tutela de los rabinos de Jerusalén. Fue escrito por hombres en el exilio, en el desierto, en las tiendas de los pastores, en «delicados pastos» y junto a «aguas de reposo». Entre sus autores figuran el cobrador de impuestos, el pastor y el recolector de frutos de sicomoro; se encuentran hombres pobres y ricos, estadistas, predicadores, desterrados, capitanes, legisladores, jueces; gentes de todas las condiciones y clases. La uniformidad de este libro está mucho más allá de la de cualquier otro. Se necesitaron 1500 años para escribirlo, y el hombre que escribió sus últimas páginas no tuvo ningún trato con el que las comenzó. ¿Cómo pudieron estos hombres elaborar un libro así escribiendo independientemente los unos de los otros?

¡Y es como para preguntárselo! La contestación a esa pregunta la da el poeta Dryden en estas líneas:

¿Cómo sino gracias al cielo fue posible que hombres tan poco instruidos,
Nacidos en diferentes épocas y lugares,

Entretejieran tan acertadas verdades? Y, ¿cómo, o por qué razón
Habrían de confabularse para engañarnos con una mentira?
Les sobrevino el dolor inmerecido, sus consejos fueron desoídos,
Su paga fue la necesidad y el hambre, y su precio el martirio.

La única solución apropiada es la que es mismo Libro proporciona: «Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 P. 1:21).

Además, esta unidad no es una mera unidad superficial, sino que se halla profundamente enraizada, entrelazada en toda la trama y urdimbre del libro. El tema es, en todo momento, continuo: las relaciones de Dios con el género humano. Y estas relaciones se manifiestan en dos personajes representativos; el primero es Adán, prototipo de la raza humana, y el segundo, el último Adán, el Señor que descendió de los cielos: Jesucristo hombre. La Biblia cuenta la historia de estos dos hombres, mostrando una manifiesta unidad de relato tanto en sus primeros como en sus últimos capítulos.

En el libro que inicia la Biblia, el Génesis, el libro del principio, se nos narra la creación de la tierra (1:1), la creación de la noche (1:5), la creación de los mares (1:10), la creación del sol y la luna (1:16-17) y la preparación de un jardín para que lo habitara el hombre (2:8). Se nos relata el casamiento del primer Adán (2:18-23), la primera aparición en escena de Satanás (3:1), el pecado del hombre con su secuela de dolor y sufrimiento

(3:16-17), la maldición del pecado (3:17) y, por último, la expulsión del hombre del lugar que Dios le había dado como herencia y del Árbol de la Vida (3:24). A continuación viene la elección de un hombre, Abraham, el nacimiento de una nación y, en el cumplimiento del tiempo, la preparación de la llegada del Hijo de Dios, «hecho semejante a los hombres» (Fil. 2:7), al mundo. Esta Persona sin igual, siendo el Cordero de Dios, borra los pecados gracias a su autosacrificio (He. 9:26). ¿Y qué sucede después?

Vayamos al postrer libro, el Apocalipsis, el libro de la revelación, y asombrémonos leyendo el complemento de esos primeros versículos. Allí traspasamos el velo que cubre el futuro y vemos como la tierra pasa (21:1), como no habrá más noche y el mar ya no existirá más (21:1), como no habrá necesidad del sol (22:5) y contemplamos también una ciudad que nos será morada (21:10). Con creciente adoración damos testimonio de la celebración de las bodas del último Adán (19:9), del destino final del ancestral enemigo al ser ejecutado (20:10), de como no habrá más dolor (21:4) ni maldición (22:3) y de como el errante, que había sido desterrado del árbol de la vida, recibe el perdón de la gracia (22:2-17).

En palabras del doctor A.T. Pierson: «Al comparar el inicio del Génesis con el final del Apocalipsis, nos damos cuenta de que hemos estado siguiendo el perímetro de un anillo de oro; los dos extremos de la historia del hombre se encuentran; al fin hemos llegado a la nueva creación, y al paraíso, sin que haya más caída.» Esta unidad sólo la puede explicar la verdad revelada de Dios de que esas plumas tan variadas que se utilizaron en la elaboración de la Biblia estaban controladas por una única pluma, la divina, allá en el cielo.

Un último y más convincente testimonio de las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, se encuentra en su relación con el Señor Jesucristo. Cristo, «la Palabra Viva» y la Biblia, «la Palabra escrita», están tan inseparablemente unidos que soltar uno significa dejar de lado el otro. «La Palabra escrita es la Palabra Viva cubierta; la Palabra Viva es la Palabra escrita descubierta.» Más apropiada es la descripción de Dios como el que era, el que es y el que ha de venir (Ap. 11:17), ya que recoge todo el conjunto de su Palabra. La Biblia trata de «lo que fue», o historia; de «lo que es», o doctrina; y de «lo que será», o profecía. El Nuevo Testamento, del mismo modo, refleja exactamente estas tres divisiones: la primera corresponde a los evangelios y los Hechos; la segunda, a las epístolas; y, la tercera, al Apocalipsis. De esta manera, Dios mismo se identifica claramente con la estructura de su Palabra. Y así también lo hace el Señor Jesucristo, en quien «Dios fue manifestado en carne» (1 Ti. 3:16).

La fidelidad a la persona de Cristo exige fidelidad a las Escrituras. Y a la inversa, una actitud crítica para con la Biblia supone la negación del Cristo de la Biblia. La posición de alguien hacia Jesucristo no es más correcta que su posición hacia la Palabra de verdad. Esta relación vital entre el Hijo de Dios y la Palabra de Dios se muestra en un doble aspecto: primero, en el testimonio que las Escrituras dan de Cristo y, en segundo lugar, en el testimomonio que Cristo da de las Escrituras.

De nuevo, vemos como cada una de las partes manifiesta la exactitud de la otra. En cuanto al primero, el testimonio que las Escrituras dan de Cristo, Él mismo declaró, refiriéndose a ellas: «...ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn. 5:39). Y así lo hicieron, en primer lugar, anunciando la naturaleza de su nacimiento (Is. 7:14), el lugar donde nacería (Mi. 5:2) y la adoración que habría de recibir al nacer (Is. 60:3). En segundo lugar, las Escrituras predijeron la bondad de su carácter (Is 44:2), el fervor hacia su Padre (Sal. 69:9) y la labor que haría durante su vida (Is. 61:1-3). En tercer lugar, describen con asombrosa exactitud su rechazo (Is. 53:3), la cruel muerte que sufriría (Is. 53:8), al ser traicionado por uno de sus discípulos (Sal. 41:9), por treinta piezas de plata (Zac. 11:12). Y, en cuarto lugar, las Escrituras traspasan la oscuridad y dan testimonio de su resurrección, de su ascensión y de su gloria inmarcesible (Sal. 16:10-11; Is. 53:10-11, Jud. v. 14). Y, tan seguro como que la mayoría de estas predicciones se han hecho realidad con una exactitud infalible, así también las otras, junto con otras muchas, verán su completa ejecución.

Una vez más el Señor Jesucristo, indubitable encarnación de la verdad (Jn. 14:6), testimonió, en numerosas ocasiones, de las Escrituras. Y lo hizo, en primer lugar, mientras vivía entre los hombres. «Porque si creyeseis a Moisés —dijo en una ocasión— me creeríais a mí, porque de mí escribió él» (Jn. 5:46). En segundo lugar, lo hizo en el momento de su muerte, ya que tres de las siete frases que profirieron sus dulces labios al ser colgado entre los dos ladrones se hallaban escritas en el Antiguo Testamento. También después, tras su resurrección, continuó dando fe de las Escrituras. Al alcanzar a los dos discípulos decepcionados, después de seguirles en su fatigoso camino de retorno hacia Emaús, ¿qué consuelo podía brindarles? Lucas nos da la respuesta: «Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían» (Lc. 24:27). Por último, y desde la presencia

misma de Dios, oímos como la «Palabra Viva» confirma la «Palabra escrita», citando al profeta Isaías (44:6 y 22:22): «....No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Ap. 1:17-18). Un libro al que Aquél que dijo «Yo soy la verdad» presentó tan incondicional tributo, debe decir, de sí mismo, la verdad.

No es de extrañar, pues, que en sus últimas obras, el doctor Horatius Bonar escribiera: «Quisiera solemnemente reconocer que, en estos días, tras cincuenta años de estudios sobre cuestiones proféticas, siento una certeza que crece con el pasar de los años, en referencia a la divina autoridad y la inspiración verbal de la Palabra de Dios.» Ni tampoco es extraño que Thomas Newberry, erudito de no pocos conocimientos, se expresara con estas palabras: «Como resultado de un cuidadoso examen de todas las Escrituras en sus originales, advirtiendo y marcando, en donde ha sido necesario, cada variación de tiempo verbal y de preposición, la convicción que en mí ha quedado no es la dificultad de creer en la completa inspiración de la Biblia, sino la imposibilidad de dudar de ella.»

Ciertamente, la Biblia es un libro tal que aún cuando nos hemos inclinado con temor ante la majestad de sus afirmaciones y asertos, y cuando nos hemos admirado viendo cómo los años transforman en historia sus profecías, y cuando nos hemos maravillado ante la exactitud de sus más mínimos detalles, aún restan inescrutables profundidades que sondear, inagotables minas de inacabables riquezas que explorar. Algunas veces, al anochecer, hemos contemplado la bóveda iluminada de estrellas del firmamento, fascinados por la gloriosa majestad de

Dios, compartiendo el asombro del salmista al considerar «tus cielos, obra de tus dedos» (Sal. 8:3), y, a medida que el tiempo transcurría, hemos podido comprobar cómo más y más estrellas entraban en nuestro campo de visión. De la misma manera, al contemplar las páginas de las Sagradas Escrituras, cuanto más observamos, más y más maravillas se nos descubren ante los ojos de la fe.

Que el Espíritu Santo nos ilumine, pues, para poder descubrir las maravillas de la Palabra de Dios, particularmente expresadas en el uso de los números, tema de los subsiguientes capítulos; para cuya consecución nos unimos con el salmista para rogar a Dios: «Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley» (Sal.119:18).

3
Un propósito en la creación

Napoleón oyó por casualidad una noche, de camino hacia Egipto, como un grupo de eruditos que se hallaban a bordo del barco discutía acerca de la existencia de Dios. Concluyeron, demostrándoselo satisfactoriamente a ellos mismos, que Dios no podía existir. Napoleón, que había estado escuchando en silencio, señaló entonces hacia la oscuridad salpicada de estrellas de los cielos y replicó: «Todo eso está muy bien, caballeros. Pero, ¿quién hizo esto?»

La naturaleza en pleno se une para dar testimonio de la obra de Dios el Creador, «quien midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados» (Is. 40:12). La magnificencia y la inconmensurabilidad del universo, creado por la mano de Dios, superan toda descripción del hombre y hacen que se tambalee la más alta comprensión a la que éste pueda llegar. El doctor Cunningham Geikie pregunta:

> ¿Qué es el universo? Dínoslo tú, tú que lo utilizas a tu antojo. ¿No tienes nada que decir? Es de sabios callar. El pensamiento retorna de su vuelo más alejado y plie-

ga las alas, fatigado y cegado por el esplendor, aunque sólo haya llegado a ver su límite más cercano, del inabarcable e insondable Todo. Unas cuantas suposiciones acertadas y reflexiones superficiales, de entre todos los misterios circundantes, conforman lo conocido. Más allá de nuestro alcance se encuentran diez mil soles y sistemas, círculo tras círculo; cada uno tan distante del próximo como nosotros de ellos; alrededor del polo del universo, y aún allende, innumerables galaxias se sostienen, cada una ocupando su propio cielo, pero que ante nuestros telescopios se contraen, en perspectiva infinita, en meras nebulosas resplandecientes. Los límites no tienen ningún significado. Desde las más altas atalayas científicas con que contamos no llegamos a divisar más que una angosta lejanía del seno de lo ilimitado. Puede que de lo más alejado que el hombre conoce, la nebulosa más lejana e inescrutable para nosotros, surja otro infinito, con millones de soles que lo alumbren, fulgurantes emperadores de los reinos de las estrellas de los incontables cielos. ¡Conocer el universo! ¡Oh, hombre, qué sabes tú! Ciertamente, «grandes son las obras de Jehová» (Sal. 111:2).

A pesar de que los hombres no son capaces de ver la majestad de Dios más allá de la majestad de la naturaleza, son prestos a reconocer la planificación y el buen orden de las cosas, que denominan «las leyes de la naturaleza». ¿Qué son, no obstante, esas leyes sino la expresión del plan de Dios en el mundo material, la manifestación de la perfección y las disposiciones, que se manifiestan en todas las obras de Dios, «perfecto en su camino» (Sal. 18:30)? En todas sus obras se evidencia la imprenta de la ley y el orden, en claras señales, así como

en las abundantes combinaciones numéricas que en ellas aparecen.

Así sucede con la música. El sonido es el producto de las vibraciones del aire; y la frecuencia de esas vibraciones determina el grado del sonido, ya sea agudo o grave. Para cada nota de la escala, el número de vibraciones por minuto es un múltiplo de once, y también la diferencia en el número de vibraciones por cada nota es un múltiplo de once. La escala en sí únicamente consta de siete notas, cuya combinación ha dado origen a las más dulces y más grandes melodías que el ingenio humano ha sido capaz de producir.

También el mundo del arte se halla dominado por un número: el siete. La luz, al pasar a través de un cristal de forma triangular, proyecta los colores que la componen, cuyo número es siete, formando lo que se conoce como espectro solar. Esos mismos siete colores son los que también pincelan el arco iris, que no es sino la descomposición en colores de la luz a través de partículas de agua que se encuentran en la atmósfera. En sus límites se confinan todos los Turners y los Rembrandts, ya sea que representen deslumbrantes escenas a la luz del sol u obras de tonalidades más oscuras o melancólicas. Además, puesto que cada elemento irradia su propio color, la división en siete colores del espectro pone de manifiesto la composición misma del sol.

Incluso la estructura de la corteza terrestre, tal como la han dividido los geólogos, paga su tributo al maravilloso plan de Dios el Creador. La corteza se compone de diferentes capas, o estratos de las rocas. Esas rocas, formadas, en términos geológicos, por la acumulación de materiales, ya se encuentren en estado sólido o en cualquier otro, son las que conforman la corteza terrestre. En

cuanto a su origen, se dividen en dos tipos: las de origen volcánico, o ígneas, producidas por las altas temperaturas, y las que han sido formadas a partir de la presión del agua, o sedimentarias. Las rocas ígneas son de dos clases: la primera, la de las cristalizadas que no contienen fósiles, y, la segunda, la de rocas cristalizadas con presencia de fósiles. Por su parte, las rocas sedimentarias de dividen en primarias, las más antiguas de ellas, secundarias, terciarias y cuaternarias. Si a estos seis estratos añadimos el de la corteza terrestre, ya tenemos los siete que completan el testimonio de la geología.

En la fisiología también se observa la importancia del número siete. La duración de la vida del hombre es, según el salmista, de «setenta años» (Sal. 90:10), o, lo que es lo mismo, siete décadas. Las fases de la vida también, de acuerdo con Shakespeare, son siete: «Un hombre representa diferentes papeles en su tiempo, y sus actos son siete edades.» También se dice, además, que el desgaste de las partículas del cuerpo hace que éste se regenere cada siete años. Más aún, en muchas de las enfermedades comunes a los seres humanos, los números siete, catorce y veintiuno tienen, frecuentemente, mucha importancia. En el sarampión, por ejemplo, las erupciones cutáneas aparecen al decimocuarto día y, por lo general, el niño ya se encuentra bien a los veintiún días de la aparición de éstas. El período de cuarentena para el sarampión en Alemania es de catorce días, mientras que el de las paperas es de veintiuno. En el caso de la varicela, el período de incubación durante el cual se desarrolla la enfermedad es también de catorce días, y el de la tos ferina se calcula entre siete y catorce días. ¿Por qué en el número de días prevalece el siete en lugar de cualquier otro?

El funcionamiento de la naturaleza es, de nuevo, muy significativo en el caso de las abejas y nos proporciona un valioso testimonio en cuanto a la planificación numérica de la creación. La abeja consta de tres partes: la cabeza, el tórax y el abdomen. El tórax y el abdomen están formados por unos anillos divisorios; tres, normalmente, en el tórax y nueve en el abdomen. El número de patas del insecto es seis. Según el famoso redactor Arthur Mee, el número de celdas de la colmena oscila entre las sesenta mil y las ochenta mil; y la reina debe poner tres mil huevos al día para llegar a llenarlas todas. El huevo permanece tres días encerrado en el fondo de la celda hasta transformarse en larva. Después, las obreras encargadas de alimentarlas las nutren durante seis días, hasta que, a lo largo de las treinta y seis horas siguientes, la pequeña larva se enrolla dentro de la celda formando un tejido de seda o capullo. En los tres días posteriores se produce un gran cambio: las alas y las patas crecen hasta la medida normal, y la criatura se hace sitio para salir triturando con su mandíbula la entrada de la celda. Ya tenemos una nueva abeja obrera. Por otra parte, cada colmena posee de tres a nueve «princesas», que pronto se transformarán en reinas. Llegado el día, la vieja reina parte, acompañada de dos tercios de las abejas, hacia una nueva colmena, mientras que el tercio restante permanece en la antigua, continuando con todos los quehaceres. ¿Se trata de una mera casualidad o hay un propósito detrás de tal organización alrededor del número tres? Sin duda, nos encontramos ante una prueba de diseño aritmético que nos pone de manifiesto la planificación y el pensamiento divinos que hay detrás de todas las cosas.

En la cronología bíblica también impera la misma ley

aritmética. La ley dada por Dios al pueblo de Israel se basaba en el número siete; en el séptimo día se descansaba, en el séptimo mes había celebraciones especiales y en el séptimo año se dejaba a la tierra reposar con el barbecho; y, una vez cada cuarenta y nueve años —siete veces siete—, se celebraba el glorioso año de la emancipación, el año del jubileo.

Y un último, y más convincente tributo a la estructuración matemática de las obras de Dios, es el que nos aporta el reino vegetal, que los botánicos dividen en las llamadas plantas monocotiledóneas y plantas dicotiledóneas. La cobertura externa de una flor, o cáliz, está formada por una serie de pequeñas hojas denominadas sépalos; mientras que el cáliz interno, la corola, se compone de pétalos. En el centro se elevan unos estilizados pedúnculos, llamados estambres, en medio de los cuales se encuentra el pistilo, constituido por el ovario y el estigma. El ovario contiene unas semillas en forma de recipiente, los carpelos. En la mayor parte de las dicotiledóneas, las partes de la flor —sépalos, pétalos y estambres— se encuentran en conjuntos de cinco o de múltiplos de cinco, mientras que en las dicotiledóneas están en grupos de tres o en múltiplos de tres. A esta primera clase pertenece, por ejemplo, el guisante de olor. Su examen nos mostrará que tiene cinco pétalos y diez, o cinco más cinco, estambres. Los narcisos corresponden, por otro lado, al segundo grupo. Poseen tres sépalos y tres pétalos, que rodean la corola; y en ésta última se pueden apreciar tres estambres, visibles desde la parte de arriba de la flor, y otros tres que se hallan situados en la parte de dentro. Tres son los carpelos que conforman el pistilo; y tres también los huevos del ovario.

Nuevamente se nos plantea la pregunta: ¿de dónde

proviene esta increíble simetría y organización numérica? El hecho de que prevalece en la naturaleza es evidente. Pongámoslo en palabras del doctor A. T. Pierson:

> Una mente matemática se manifiesta en el universo; en sus mundos planetarios y estelares, en su magnitud y sus distancias, en sus densidades y proporciones, órbitas y períodos rotatorios. Esas leyes también rigen tanto los cuerpos más diminutos como los más gigantescos. En el reino mineral, la cristalización muestra sus cuadrados, triángulos, círculos y polígonos; cubos, cilindros y pirámides, todos con ángulos precisos y proporciones perfectas. Los millones de copos de nieve encierran un millón de exquisitas formas, y cada una de ellas revela, bajo el microscopio, una indescriptible belleza y complejidad.

Siendo Dios como es, pues, un Dios de precisión y orden perfecto, que introdujo las leyes aritméticas en todas sus obras, es de esperar que también haya expresado esas leyes a través de su Palabra. Esa es la conclusión a la que ha llegado F. W. Grant:

> Todas las ciencias naturales se encuentran sometidas a la ley aritmética. Cada ley natural, dice Herschel, tiende a expresarse en términos aritméticos. La astronomía lo muestra en las esferas estelares, las plantas en la disposición de sus hojas, el reino animal lo revela en parte a través de los diferentes números para cada una de las familias, y también los cristales de las ventanas nos hablan de matemáticas. ¿Por qué no iba a haber en las Escrituras una ley numérica que englobara la obra de Dios con la Palabra de Dios o, más aún, que mostrara que su Palabra también es parte de su obra?

De la misma manera que el camino de Dios es perfecto (Sal. 18:30), también lo es su Palabra: «la ley de Jehová es perfecta» (Sal. 19:7).

4
Un propósito en la Palabra de Dios

Un joven preguntó en una ocasión a Daniel Webster: ¿Cómo puedes conciliar la doctrina de la Trinidad con la razón? El elocuente hombre de estado norteamericano, de agudo intelecto, replicó: «¿Esperas entender la aritmética del cielo?» La aritmética del cielo, como otras cosas creadas por Dios para aquellos que le aman, escapa a la comprensión humana; pero, Dios, junto con esas otras cosas, «nos las reveló a nosotros por el Espíritu» (1 Co. 2:10). Algo de ello, pues, puede contemplarse en sus obras a través del ojo de la fe, al escudriñar la perfección y el orden que las caracteriza. No es, por lo tanto, ninguna sorpresa encontrar el predominio de ese orden en su Palabra, ya que, como en sus obras, también viene señalado por la belleza de la estructura y la planificación, tejiendo un todo organizado, que abarca desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Tan completa y comprensible es esta organización, que se enlaza a través de los números que se emplean en la narración.

> Existen pruebas irrefutables de la proporción numérica y la simetría en este maravilloso libro. Los números y la proporción matemática marcan tanto su conjunto como las partes individuales que lo componen; tan frecuentemente, y con tantas conexiones y condiciones, que ponen de manifiesto la intervención de una mente matemática (A. T. Pierson).

En las Escrituras, por lo tanto, los números no sólo tienen un inminente valor numérico, sino que también contribuyen a la armonía general, al aportar cada uno de ellos un significado espiritual particular. Es cierto que en la antigüedad algunos filósofos utilizaban los números en formas de lo más grotescas y fantásticas, construyendo hipótesis tan inútiles como ridículas. Pero este hecho de ninguna manera desacredita la idea de una estructura numérica global en las Escrituras. La crítica nos quiere hacer creer que esa utilización de los números por parte de los paganos, junto con otros muchos mitos paganos, fueron los que aportaron la base a partir de la cual se edificó la Biblia. Pero lo cierto no es que la Biblia se desarrollara a partir de esas añejas leyendas, sino que muchas de éstas fueron corrupciones de la verdad de las Escrituras. El hecho de que algunas de ellas encierren una cierta verdad embrionaria muestra, tal como la misma Palabra de Dios nos enseña (Ro. 1:19-20), que algunos rayos de verdad divina, si bien desparramados y borrosos, han llegado a traspasar la densa oscuridad del paganismo.

Además, la afirmación de que los números contienen significado espiritual es totalmente consistente, si tenemos en cuenta que las Escrituras del Antiguo Testamento son de un carácter altamente tipológico. La sabiduría y

el poder de Dios, que todo lo abarcan, se han aunado para producir no sólo unos escritos que narren unos hechos que han sucedido, sino para que, al mismo tiempo, esos hechos sean modelos y prototipos de enseñanzas espirituales. «El gran Arquitecto y Constructor ya tenía delante suyo el templo de la verdad antes de que la primera piedra fuera colocada.» Por ejemplo, en Génesis capítulo uno oímos cómo Dios rompe el terrible silencio al pronunciar con potestad estas palabras, destinadas a alumbrar la caótica oscuridad: «Sea la luz» (v. 3). El Espíritu Santo, por medio de Pablo, ejemplifica con ese acontecimiento de la creación su labor en las ignorantes almas de los hombres, cuando intenta guiarlas hacia la luz de los evangelios: «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones...» (2 Co. 4:6). De nuevo, esta doble creación de Dios se manifiesta, en el mismo libro, al representar la renovación que produce la gracia de Dios al salvar, ya que «si alguno está en Cristo, nueva criatura es» (2 Co. 5:17). En otro lugar, en una carta a los creyentes gálatas, el gran apóstol usa la historia de Agar e Ismael para contrastar la esclavitud de la ley con la libertad de la gracia, diciendo: «Lo cual es una alegoría...» [o tipo] (Gá. 4:24). La Palabra de Dios es, pues, un libro de significación espiritual, de perfecto orden y planificación.

Cada libro de la Biblia, aparte de narrar ciertos acontecimientos, tiene un propósito especial. Cada uno ilustra una importante verdad. Y no sólo eso, sino que están dispuestos de tal manera que cada uno sigue al otro en orden y en desarrollo. Si el sol se alzara en el cielo de una manera repentina, sus rayos no nos iluminarían sino que nos cegarían. Pero el Creador, en su sabiduría y

conocimiento, dispuso que amaneciera poco a poco, con poca luz al principio, luz que iría aumentando paulatinamente. Lo mismo sucede con la enseñanza de los libros que componen la Biblia, que se han ordenado según la progresión de la verdad, en el orden más adecuado para que seamos capaces de asimilarla.

El libro del Génesis es la narración del hombre y de todo lo que de él se deriva. En él se nos presentan las diferentes formas de vida, originadas a partir del primer hombre, Adán. Pero todo lo que tiene que ver con Adán está corrompido por el pecado; de ahí su necesidad absoluta de redención. Esto se nos muestra en el libro de Éxodo, en el cual el pueblo redimido es liberado de la esclavitud de Egipto en base al derramamiento de sangre. Un pueblo redimido, sin embargo, debe poder acercarse a la presencia de Dios, y se le debe enseñar el camino hacia el santuario; esta es la aportación del libro de Levítico. Además, como los que fueron redimidos por la sangre, nosotros también somos parte de esa escena de esclavitud, en tanto que somos peregrinos a través del desierto de este mundo, con nuestras miras y esperanzas en otra tierra, en otra ciudad invisible, la cual sólo se puede ver por el ojo de la fe. Pero, a lo largo del camino, también hay pruebas, desilusiones a veces, y aparentes derrotas; pero Dios las usa todas para enseñarnos lecciones útiles que quiere que aprendamos; y ésta es, precisamente, la enseñanza del libro de Números.

Posteriormente, el pueblo de Dios, al llegar a Cadesbarnea, cerca de la Tierra Prometida, se retrae de entrar en sus posesiones. Treinta y ocho años después, al llegar allí por segunda vez, los israelitas desean poder disfrutar de la tierra que Dios les había otorgado. Y para que eso se lleve a cabo, ciertas leyes son necesarias: he aquí

el libro de Deuteronomio. Al alcanzar su propósito, aprendiendo, como siempre, mediante el sufrimiento, continúan hasta casi conocer la resurrección, luchando contra principados y potestades, siguiendo victoriosos a su bendito líder, el hombre de la espada desenvainada, que siempre va a la cabeza; éste es el libro de Josué. Los diversos libros de la Biblia, por lo tanto, no sólo relatan acontecimientos sino que transmiten verdades espirituales, en orden creciente, dando así testimonio de la precisión y la cuidadosa estructuración de la Palabra inspirada.

La belleza de ese orden se evidencia, también, en el conjunto del libro de Génesis. En el primer capítulo se nos revela, en siete pasos, la gran labor que Dios lleva a cabo con la tierra, preparándola para que sea el hogar de sus criaturas. La narración continúa, y siete destacados personajes aparecen ante nuestros ojos; cada uno de ellos representa una de las siete etapas de la vida del creyente:

1. Adán, el primer hombre, simboliza la naturaleza humana tal y como es. La suya es la vida del pecado.

2. Posteriormente nos encontramos con Abel, enfrentado y odiado por Caín, que ejemplifica el conflicto entre la carne y el Espíritu. La vida de Abel es la vida de la lucha.

3. Después se nos presenta Noé, quien, gracias a la seguridad del arca, atraviesa las aguas del juicio para arribar a un nuevo mundo. Su vida es la vida de la salvación.

4. Abraham es el siguiente en aparecer, «el amigo de Dios», el hombre que creyó a Dios y partió, por mandato suyo, de la tierra de su familia hacia un lugar que desconocía. Su vida es la vida de la fe.

5. El próximo personaje es el de Isaac, quien, mostrando su obediencia incondicional, sigue a su padre hasta el altar del monte Moriah. Su vida representa la sujeción del hijo a la autoridad paterna.

6. Luego observamos el destino de Jacob, sirviendo diligentemente en Padan-aram. La suya es una vida de servicio.

7. Y, por último, vemos a José, rechazado y expulsado, sufriendo padecimientos y calumnias; pero honrado y exaltado y convertido en gobernante al final. Su vida es la del sufrimiento seguido de gloria. De nuevo, nos encontramos ante un orden escalonado de la verdad, aplicable a la vida personal. Para empezar, nuestra naturaleza se halla inmersa en el pecado, después le siguen las luchas, que acaban en la triplemente bendita experiencia de la regeneración. La regeneración nos insta a caminar por la fe, lo que a su vez conlleva sujeción. Y la comprensión de la sujeción implica el estar realmente preparado para el servicio, que a su vez nos acarreará sufrimiento pero cuyo fin será la gloria. Así, en esos siete hombres resplandecen siete colores, «diversas pantallas en las que la verdadera luz del cielo se proyecta, a través del prisma triangular de la naturaleza humana; desde el rojo de Adán hasta el púrpura real de José».

Es interesante aludir a la correspondencia estructural que, tal como ya ha sido señalado, existe entre las cinco secciones del libro de Salmos y los cinco libros escritos por Moisés que forman el Pentateuco. La primera sección de los Salmos, que va del capítulo 1 al 41, y que acaba con «Amén y Amén», corresponde al libro de Génesis, el libro de la creación, según se observa en el Salmo 8:3: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste.» La segunda división, de los Salmos 42 al 72, y que acaba como la primera, corresponde a Éxodo, y su tema es el de la redención, como vemos en el Salmo 51:1: «Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones.» En tercer lugar, los Salmos entre el 73 y el 89 se relacionan con el libro de Levítico, el libro del sántuario, y acaban de la misma forma que las secciones anteriores. El versículo que los resume se halla en el Salmo 84:1-2: «¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los ejércitos! Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová....»

La cuarta división, que abarca del Salmo 90 al 106, termina con la palabra «Amén» y se puede establecer un paralelo entre ella y Números, el libro del desierto, tal como refleja el Salmo 90:9: «... Acabamos nuestros años como un pensamiento.» La última sección, los Salmos 107 al 150, concluye con las palabras «todo lo que respira alabe a Jehová. Aleluya», que corresponde con el libro de Deuteronomio y con el tema de la obediencia, como se expresa en el Salmo 119:1: «Bienaventurados los perfectos de camino, los que andan en la ley de Jehová.» Esta misma presentación sistemática se manifiesta también en el Nuevo Testamento. En los evangelios, vemos la revelación de la obra y la valía de Cristo, cabeza de la Iglesia. Los Hechos y las epístolas tratan de la Iglesia, «que es su cuerpo», y encontramos en ellos las instrucciones acerca de cómo los miembros del cuerpo deben andar. Y, por último, en Apocalipsis, contemplamos el glorioso final y la unión eterna de la cabeza con el cuerpo.

Más aún, la presencia en la Palabra de Dios de esa minuciosa planificación y orden no sólo se produce en

general, a grandes rasgos, sino también en detalle, a través de los números que en ella se emplean y que, en primer lugar, ya marcan la estructura general de todo el libro. En este respecto, el siguiente fragmento, extraído de una revista canadiense, citado a su vez por Walter Scott, nos resulta harto interesante:

> El número de libros del Antiguo Testamento es 36 (contando Samuel, Reyes y Crónicas, cada uno de ellos, como un sólo libro, ya que así fueron escritos). La descomposición más sencilla de 36 es la de 3 por 12. Si a estos números le añadimos su simbología particular, ¿a qué conclusiones llegamos? Tres (3) es el número divino y doce (12) el de el poder de mandar; si los relacionamos entre sí obtenemos «Dios al mando»; ¿qué definición podríamos encontrar más precisa que ésta de los libros de la ley? Los libros del Nuevo Testamento, por otra parte, son 27. Y 27 es tres al cubo, es decir, 3 veces 3 veces 3: el número más absolutamente perfecto que pueda existir; el único que representa, o es capaz de representar, la plenitud divina. Así pues, es Dios y solamente Dios en su absoluta perfección quien se revela a través de las páginas del Nuevo Testamento, esto es, el evangelio de su gracia.

La Biblia en su conjunto, contiene, según este cálculo, 63 libros, 63= 7x9 ó 7x3x3. El 7 es el número de la perfección, y el 3 el de la manifestación divina; en «3 veces 3», la manifestación se nos intensifica. Por lo tanto, la significación numérica de los libros de la Biblia es la de: «Dios glorificado en la perfecta consecución de su obra.»

El examen del Libro en su conjunto también nos aportará pruebas de la simetría en la planificación de cada uno de los libros que lo componen. Primero vienen cinco libros históricos, de Génesis a Deuteronomio; después, doce libros de profetas menores, incluidos Josué y Ester. Más adelante aparecen cinco libros poéticos, de Job a Cantar de los Cantares de Salomón; posteriormente, cinco libros de profetas mayores, de Isaías a Daniel; y, por último otros doce libros de profetas menores, desde Oseas hasta Malaquías. Esto nos da una sucesión de 5, 12, 5, 5 y 12. El Nuevo Testamento, por su parte, se divide en cinco libros históricos, de Mateo a Hechos; veintiuna, o tres veces tres, epístolas, de Romanos a Judas, y, finalmente, el libro del Apocalipsis. Pero además de esta simetría global de la Biblia, también podemos encontrar planificación numérica en alguna de sus partes. Un caso notable es el del Salmo 119. El salmo está formado por 22 secciones de ocho versículos cada una. Cada una de esas secciones corresponde a una letra del alfabeto hebreo, que es la que a su vez las encabeza. Una estructuración numérica similar se puede también observar en el libro de Lamentaciones, cuyos cinco lamentos corresponden a los cinco capítulos que lo componen. De ellos, los dos primeros y los dos últimos constan de 22 versículos, mientras que el capítulo central tiene 66; o sea, 3 veces 22.

De todas estas maneras se muestra, pues, en la Palabra de Dios, la presencia de un propósito numérico. O como bien expresa este párrafo de F. W. Grant:

> Su precisión, casi matemática, capaz de ser entendida hasta por los menos espirituales, desafía al infiel a explicar lo que él no puede concebir como creación de la connivencia y del ingenio humanos. He aquí un problema sencillo, fácil, al abasto tanto del más sabio como

del más ignorante, pertenezca a la clase que pertenezca. Pero que, sin embargo, si se plantea como debe plantearse, nos llevará directamente cara a cara ante Dios. Es el dedo mismo de Dios. Esta sencilla enumeración, esta aritmética para niños, es una coraza que la espada de Goliat jamás podrá perforar, una coraza cuyos eslabones harán que el intento del más fornido campeón de la incredulidad resulte en vano. ¡Inténtenlo, caballeros! ¡Reconozcan cómo Dios se ha burlado de toda su filosofía con la simple enumeración del 1, 2, 3!

5
El número uno

El número *uno*, al no estar compuesto de ningún otro número, y siendo independiente de ellos, excluye la posibilidad de la diferencia. Por lo tanto, es el origen de los demás números y señala el inicio de las cosas. Al excluir la posibilidad de la diferencia, *denota la unidad divina*, su supremacía y su independencia; «suficiencia que no necesita de nadie e independencia que no admite igual». Siendo el origen de los demás números, el uno denota comienzo.

El primer libro de la Biblia, el Génesis, narra el principio de las cosas: «En el principio creó Dios...» (Gn. 1:1). En él, Dios manifiesta su soberanía y supremacía y aparece como el que da y mantiene la vida, cualquiera que sea su forma. En el Antiguo Testamento, se emplean dos palabras diferentes para la nuestra «uno»; *yacheed*, que significa «sólo uno» y *echad*, cuyo significado es «uno entre otros». Un ejemplo de esta primera se encuentra en Génesis 22:2: «Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas....» El segundo significado se puede ver en Génesis 2:24: «Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.» *Yacheed*, sin embargo, nunca se utiliza

refiriéndose a Dios. Siempre se emplea *echad*, uno entre otros, lo que indica no una unidad absoluta sino una unidad compuesta; tres en uno y uno en tres: la gloriosa Trinidad. La palabra *echad* también se encuentra en Deuteronomio 6:4: «Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.» Y también en Zacarías 14:9, al hablar del reino venidero del Príncipe de Paz: «Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre.»

En 1 Reyes 6 aparece una descripción del maravilloso templo de Salomón, con los dos querubines «dentro de la casa, en el lugar santísimo» (v. 27). En el versículo 25, se nos dice que: «ambos querubines eran de un mismo tamaño y de una misma hechura», reflejando la unidad de autoridad como uno de los atributos de Jehová. En 2 Crónicas se nos relata el desafío de Ezequías a Senaquerib de Asiria. Cuando Ezequías accede al trono, la tierra está entregada a la idolatría, y éste quita los altares y derriba los ídolos, a lo que posteriormente Senaquerib responde: «¿No es Ezequías el mismo que ha quitado sus lugares altos y sus altares, y ha dicho a Judá y a Jerusalén: delante de este *solo* altar adoraréis, y sobre él quemaréis incienso?» (32:12). De nuevo, nos encontramos ante un «uno» enfático, que declara la unidad de la adoración. Pablo, posteriormente, en su discurso magistral ante los filósofos griegos reunidos en el Areópago, en la colina de Marte (Hch. 17), aporta un nuevo ejemplo del significado de este número. Allí, manifiesta ante su audiencia, versículo 26, que Dios no es una imagen producida por los hombres, sino que Dios creó a los hombres y que los hombres somos, en ese sentido, sus hijos: «[Dios] de *una* sangre ha hecho todo el linaje de los hombres….» «Uno» designa aquí la unidad de la raza humana.

Las primeras palabras registradas del Señor Jesús se hallan en el Salmo 40:7-8, donde, de la mano del escritor, retrocedemos hasta los secretos de una eternidad pasada y escuchamos decir al Señor: «He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón.» Estas frases nos expresan la unidad de voluntad del Hijo de Dios, que se halla en perfecta obediencia con su Padre. De la misma manera, las primeras palabras registradas dichas por Jesús en los, hasta entonces, veintinueve años de vida entre los hombres, reflejan que esa unidad de voluntad con su Padre aún está en Él: «… ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?» (Lc. 2:49). Como vemos, sus primeras frases recogidas tras empezar su ministerio entre los hombres no carecen de importancia en nuestros días. Al rechazar los ataques de Satanás en el desierto, Jesús dijo en tres ocasiones: «Escrito está» (Lc. 4), demostrándonos de esa manera que el origen y la fuerza para luchar contra la seducción de la tentación provienen de las Escrituras.

En Hebreos capítulo 9, se pone de manifiesto la unidad del único sacrificio de Cristo. En el versículo 7 vemos cómo el sumo sacerdote iba al lugar santísimo «una vez al año»; y en el versículo 11, se nos dice como Cristo, «sumo sacerdote de los bienes venideros», una vez hubo alcanzado nuestra redención, entró por primera y última vez en el lugar santísimo, tal como señala el versículo 26: «… pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo….» Él, el Hijo de Dios, llevó a cabo el propósito que tenía delante de sí, bendiciendo al cumplirlo tanto a Dios como a los hombres. En consecuencia, nos encontramos, en Efesios 4:4-6, con la unidad de la

Iglesia, que Él compró al pagar el precio con su propia sangre: «Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos.» Aquí, y a pesar de la aparente confusión que se observa entre el pueblo de Dios, advertimos una confirmación, a través de las siete afirmaciones, de su verdadera y duradera unidad; y más aún teniendo en cuenta que «un Señor» se halla en el centro de las siete.

Las palabras que sólo aparecen una vez en las Escrituras nos exigen una atención especial. Existen tres de estos términos, y es interesante hacer notar que los tres se refieren a las mismas Escrituras. El primero lo encontramos en Hebreos 4:12, donde se nos dice que la palabra de Dios «discierne los pensamientos y las intenciones del corazón». Es como si Dios, previendo el día en que el hombre iba a intentar dedicarse al «oficio del discernimiento» de su Palabra, se le hubiera anticipado, reservando ese nombre y ese «oficio» para que lo ocupara su misma Palabra.

La segunda de esas palabras se encuentra en 2 Corintios 2:17, donde el Apóstol escribe: «Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios....» «Medrar» deriva de otra palabra cuyo significado es «comer rápidamente»; pero esta significación pronto se cambió por la de «el lugar donde se come», o sea, la taberna. Con el tiempo llegó a querer decir «el dueño de una taberna», y, gracias a la práctica común entre éstos, acabó por significar «aguar» o «adulterar». Aquí, el apóstol critica el intento de aquellos que, hasta nuestros días, han tratado de corromper, de «añadir agua» a la Palabra de Dios.

La tercera y última de estas palabras se halla en la Segunda Epístola de Pablo a los Corintios, en el capítulo 4:1-2: «Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios....» La palabra «adulterando» viene de otra que significa «esclavo». Posteriormente, vino a designar la acción de «esclavizar a alguien», que el uso de trampas y ardides pervirtió hasta cambiar su significado por el de «aquel truco o astucia que tiene la finalidad de engañar a alguien». Y de esta manera, mediante el uso de esas tres palabras tan significativas, Dios advierte a aquellos que malversan su Palabra sin ningún tipo de escrúpulo.

6
El número dos

Si el número uno expresaba unidad, negando la posibilidad de la diferencia, el dos hace hincapié en la diferencia, en la existencia del «otro». Esta diferencia puede ser para mal, señalando oposición, o para bien, a través de la confirmación. Si se trata de división simboliza el mal; si, por el contrario, lo que expresa es añadidura, representa la confirmación. En general, el número *dos denota la plenitud del testimonio*, ya sea para bien o para mal.

En Juan capítulo 8, el Señor Jesucristo, en respuesta al desafío de los fariseos, responde: «Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí» (vv. 17-18). He aquí el doble testimonio de su divina misión. También en los dos Testamentos, el antiguo y el nuevo pacto, se encuentra el testimonio completo de la actitud de Dios hacia los hombres. Mientras que la primera frase de las Escrituras es una afirmación de la perfecta creación de Dios: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gn. 1:1), la segunda nos habla de ruina, resultante de una causa desconocida, si bien maligna: «Y la tie-

rra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo...» (Gn. 1:2). Lo segundo que se creó, tal como señala el mismo capítulo, fue la luz; e inmediatamente después, se menciona la división: «Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas» (v. 4).

También la obra del segundo día se ve marcada por esa división. «Luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas» (v. 6). De los siete hombres representativos que se hallan en el Génesis, el segundo fue Abel, caracterizado por sus diferencias respecto a Caín, su hermano. En el transcurso del libro, si dos hombres son emparejados, lo son para expresar la diferencia existente entre ellos; como Abraham y Lot, Isaac e Ismael, Jacob y Esaú.

Además, en la construcción del tabernáculo los materiales usados con más frecuencia eran el oro y la madera de acacia, y ambos dan testimonio de la naturaleza de Jesucristo; el oro representa su divinidad y la madera de acacia su humanidad. Por otro lado, también los Diez Mandamientos estaban recogidos en dos tablas de piedra, las «tablas del testimonio» (Éx. 31:18), expresión de la exigencia de rectitud del hombre por parte de Dios. Asimismo, cuando un israelita cometía ciertas ofensas estaba obligado a confesar su pecado y a traer, a causa de su infracción, «dos tórtolas o dos palominos, el uno para expiación, y el otro para holocausto». (Lv. 5:7). De la misma manera, cuando un leproso sanaba, el sacerdote debía tomar dos avecillas (Lv. 14:4), mientras que en Levítico 16 se tomaban dos machos cabríos. Así dio testimonio Jehová de la consumación de la obra de expiación. Al aproximarse a la frontera de la Tierra Prometida, Israel envió espías para confirmar lo

que no necesitaba confirmación, la Palabra de Dios, de los cuales dos dieron testimonio de la verdad.

Posteriormente, durante la construcción del templo, Salomón llamó a Hiram de Tiro, hábil trabajador del bronce, que hizo dos columnas de bronce (1 R. 7:15), testimonio del perdurable carácter de la gloria milenaria, cuando un Rey, cuya grandezá superará la de Salomón, reinará en rectitud. Cuando el reino de Salomón se dividió, Jeroboam, en su intento de consolidarse en el poder impidiendo que el pueblo fuera a adorar a Jerusalén, construyó dos becerros de oro (1 R. 12:28), testimonio de la idolatría del pueblo de Dios. Después vino la proclamación de los dos profetas, Elías y Eliseo (2 R. 2), testimonio completo de Dios en contra de la idólatra nación.

El significado del número dos en cuanto a expresión de enemistad se refleja, de manera instructiva, en el libro de los Salmos. El segundo capítulo de cada una esas cinco divisiones de los Salmos, a que nos hemos referido en el capítulo 4, señala esa enemistad.

1. El Salmo 2 describe a los reyes de la tierra celebrando consejo en contra del Ungido de Dios, y predice la total y definitiva derrota de sus enemigos.

2. El Salmo 43:2 pregunta: «... ¿Por qué andaré enlutado por la opresión del enemigo?»; y, de nuevo, en el versículo 5: «¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí?...»

3. En el Salmo 74 se narra la desolación llevada a cabo por el enemigo y, posteriormente, se alza la pregunta: «¿Hasta cuándo, oh Dios, nos afrentará el angustiador? ¿Ha de blasfemar el enemigo perpetuamente tu nombre?» (v. 10).

4. Si vamos al Salmo 91 encontraremos el lugar segu-

ro frente al enemigo: «Diré yo a Jehová; esperanza mía, y castillo mío; mi Dios en quien confiaré» (v. 2), y el destino de destrucción del enemigo: «Ciertamente con tus ojos mirarás y verás la recompensa de los impíos» (v. 8).

5. Por último, el tema del Salmo 108 es la misericordia del Señor, que ayuda a su pueblo en las dificultades y logra su total liberación: «En Dios haremos proezas, y él hollará a nuestros enemigos» (v. 13).

Del mismo modo que en el Antiguo Testamento, también el número dos, símbolo de testimonio, nos llama la atención en el Nuevo Testamento. En los dos hombres ciegos que aparecen en Mateo 9:27 se encuentra un testimonio de la ceguera moral de Israel, cuyo corazón se había cubierto de un velo de incredulidad que les impedía ver en el Señor Jesucristo la esperanza prometida. Cristo declaró, en el capítulo 22 del Evangelio de Mateo, que toda la ley se basaba en dos mandamientos: «De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas» (v. 40). También, cuando se escriben dos epístolas a las mismas personas, en la segunda se encuentran referencias específicas al enemigo.

En 2 Corintios Pablo habla acerca del poder del enemigo, de las obras de Satanás. En el primer capítulo alude a la tribulación y el sufrimiento, al ser «abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida» (vv. 4-8). En el capítulo 2 nos habla de pesadumbre (v. 1), de tener tristeza (v. 3), de «mucha tribulación y angustia» (v. 4), y de «que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros» (v. 11). En el capítulo 12 nos habla de «un mensajero de Satanás que me abofetee» (v. 7).

Nuevamente, el apóstol, en 2 Tesalonicenses, advierte de la apostasía, que ahora se afianza tan rápidamente a nuestro alrededor, y de la revelación de «el hombre de pecado, el hijo de perdición» (2:3). En su segunda carta a Timoteo Pablo describe la confusión de la iglesia visible, a causa de los falsos maestros, quienes «transtornan la fe de algunos» (2:18). En 3:5, describe a hombres «que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella». En el versículo 4:3, vemos a hombres que rechazan la sana doctrina, quienes «teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias».

En la segunda de las epístolas de Pedro, nos encontramos ante la profecía de la apostasía, cuando falsos maestros «negarán al Señor que los rescató» (2:1); y en el capítulo 3 se dice que «en los postreros días vendrán burladores» (3:3).

Por último, en 2 Juan versículo 7 leemos: «Muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo.»

El número dos, cuando indica testimonio, también tiene aplicaciones interesantes para el Señor Jesucristo. Él es la segunda persona de la Deidad. Es la Palabra de Dios, la expresión o el testimonio de Dios. Primera de Corintios 15:47 se refiere a Él como a «el segundo hombre», mientras que en Apocalipsis 3:14, Jesucristo es «el testigo fiel y verdadero». También tenía una doble naturaleza, ya que era Dios perfecto y hombre perfecto al mismo tiempo. Además llevó un doble testimonio en su vida y muerte, al declarar la culpabilidad del hombre y la gracia de Dios. Cuando los hombres lo arrestaron, y, después, con manos impías crucificaron y mataron, dieron testimonio de su odio y desprecio poniéndole entre los dos ladrones. El soldado romano que le clavó la lanza

en el costado hizo salir sangre y agua (Jn. 19:34), doble testimonio de la eficacia de su muerte: eficacia para la expiación de los pecados y para su purificación. Finalmente, en los días venideros de la tribulación, aún permanecerán dos testigos que darán testimonio de la autoridad y de los derechos sacerdotales de Cristo.

7
El número tres

Existen tres dimensiones de medición: la longitud, la anchura y el espesor. Éstas conforman lo sólido, y se refieren, por lo tanto, a la solidez. La solidez es el símbolo de la consumación. Ambas, la solidez y la consumación, señalan hacia el Dios Trino; el número tres indica, pues, testimonio o manifestación divina. Esta manifestación se da a veces en la resurrección de cosas morales, físicas o espirituales. Así, el *tres*, aparte de denotar la *manifestación divina*, o la perfección divina, también es el *símbolo de la resurrección*. Se trata, después del siete, del número que más veces aparece en las Escrituras.

Dios posee tres atributos que abarcan todo lo que Él hace: la omnisciencia, la omnipotencia y la omnipresencia. El ciclo del tiempo se caracteriza por tener tres dimensiones: pasado, presente y futuro. Toda actividad que el hombre pueda realizar se resume en pensamiento, palabra y hecho. En el tercer día de la creación, registrado en Génesis 1, Dios hizo que la tierra seca emergiera de entre las aguas, representación de la resurrección de Cristo. La forma del santuario, lugar de máxima adoración y donde Dios habitaba, era la de un

cubo perfecto. En Génesis 18:1 encontramos este texto, refiriéndose a Abraham: «Después le apareció Jehová en el encinar de Mamre....» El versículo 2 nos dice que abraham alzó la vista y vio a tres hombres. En el versículo 9, se recoge esta frase: «Y le dijeron», mientras que en el 17 empieza así: «Y Jehová dijo». También en el versículo 3 Abraham se dirige a ellos en singular, en tres ocasiones, a pesar de que hablaba con tres hombres: «Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo.» Es evidente que se trata de una triple manifestación de Dios. Abraham también es descrito en tres lugares como el amigo de Dios (2 Cr. 20:7; Is. 41:8 y Stg. 2:23).

En Números 6:24-26 se encuentra la triple bendición que Dios dio a Aarón, con la que él debía bendecir al pueblo: «Jehová te bendiga y te guarde; Jehová haga resplandecer tu rostro sobre ti; y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz.» He aquí la perfección divina de la bendición. En Deuteronomio 17:15; 18:5 y 18:15, vemos a Cristo en la perfección de los ministerios para con su pueblo. Aparece como rey en el primero de los pasajes: «Ciertamente pondrás por rey sobre ti al que Jehová tu Dios escogiere; de entre tus hermanos pondrás rey sobre ti....» En el segundo, se nos presenta como sacerdote: «Porque le ha escogido Jehová tu Dios de entre todas tus tribus, para que esté para administrar en el nombre de Jehová....» En el tercero, se nos muestra como profeta: «Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios.» En Isaías 6:3, el serafín declara la perfecta santidad de Dios exclamando: «... Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos....» Y también Daniel, cuando el rey Darío, instigado por la envidia de los gobernadores, promulgó un edicto en el que prohibía la demanda de petición ante nadie que no fuera él mismo en un período de treinta días, siguió manifestando su creencia en Dios, y «se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes» (Dn. 6:10).

El Señor Jesús, durante sus tres años de servicio entre los hombres, trató en vano de obtener fruto en el pueblo de Israel, y completaba así la manifestación del fracaso de esa nación. En el comienzo de su ministerio guió de nuevo a los hombres hacia la Palabra de Dios y su perfecta fortaleza en la lucha contra la tentación, citando el libro de Deuteronomio al repetir tres veces «escrito está» (Lc. 4). También durante su ministerio, el Padre manifestó satisfacción hacia su Hijo de una triple forma. En primer lugar, en el Jordán, al oírse una voz del cielo que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt. 3:17). Después, en el monte, al transfigurarse el Señor Jesús ante los ojos de tres de sus discípulos, también habló una voz desde la nube diciendo: «... Este es mi Hijo amado; a él oíd» (Lc. 9:35). En tercer lugar, cuando su hora ya casi había llegado, oró así: «Padre, glorifica tu nombre.» Y entonces se oyó una voz que decía: «Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez» (Jn. 12:28).

También tres veces mostró el Señor su poder supremos sobre la muerte, al resucitar a tres personas: la hija de Jairo, el hijo de una viuda en el pueblo de Naim y Lázaro. Cuando los fariseos se le acercaron en busca de una señal, Cristo aludió a la manifestación de Dios a través del profeta Jonás y dijo: «Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches...» (Mt. 12:40). Durante su sufrimiento, el fracaso de la mejor de

las determinaciones que el hombre pueda tener se refleja en la triple negación de Pedro (Mr. 14:72); y también, en la tercera hora, la hora de la crucifixión. se manifestaron los poderes de la oscuridad. Durante tres horas, de la sexta a la novena, la oscuridad rodeó a Jesús, mientras que la santidad de Dios se nos manifestó cuando su Hijo se hizo pecado por nosotros. La inscripción que se hallaba sobre la cruz estaba escrita en tres idiomas, dando testimonio del rechazo total de Jesús por parte de los hombres.

En el tercer día, sin embargo, Dios manifestó su completa satisfacción hacia la obra de su Hijo Jesucristo, ya que en ese día se levantó de entre los muertos, tal como narran las Escrituras (1 Co. 15:4). La divina consumación de su pastoreo también se manifiesta en su muerte, al ser llamado el buen pastor (Jn. 10:11); en su resurrección, siendo el gran pastor (He. 13:20), y en su segunda venida, cuando será el Príncipe de los pastores (1 P. 5:4). El mandamiento que El Señor da a sus discípulos en Mateo 28:19 también es una triple y completa manifestación de la Deidad: «Por tanto, id y haced discípulos a todas a las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo».

De nuevo, tres son las presentaciones que, según recoge Hebreos 9, completarán su obra. «... en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo...» (v. 26) habla del establecimiento de la base. «Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios» (v. 24) contempla la continuación de su obra. «Y aparecerá [o se presentará] por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan» (v. 28) expone

la colocación de la última piedra, con la cual la construcción quedará completa. Pedro, en Jope, alrededor de la hora sexta, fue a orar a la azotea, donde tuvo una visión que «se hizo tres veces» (Hch. 10:16). Tres veces se emplea la palabra «plenitud»: la plenitud de Dios (Ef. 3:19), la plenitud de Cristo (Ef. 4:13) y la plenitud de la Deidad (Col. 2:9). También en tres ocasiones se insta a los creyentes del Señor Jesucristo a que andemos «como es digno»:

1. «... Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados» (Ef. 4:1).
2. «Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo...» (Col. 1:10).
3. «Os encargábamos que anduvieseis como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria» (1 Ts. 2:12).

La manifestación completa del mal se ve en el triple enemigo del creyente: el mundo, la carne y el diablo; mientras que la realización de la tentación se halla escrita en 1 Juan 2:16: «los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida». En la misma epístola también se encuentra el testimonio perfecto y divino de la gracia de Dios en la tierra: «Tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre...» (5:8). La plenitud de la apostasía del hombre se resume en Judas 11: «¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré.»

Por último, la ciudad del Apocalipsis, manifestación de la gloria de Dios, tiene la perfecta forma de un cubo: «... la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales» (Ap. 21:16).

8
El número cuatro

El número cuatro, compuesto de tres + uno, indica lo que sigue a la manifestación de Dios en la Trinidad; es decir, su obra creadora. Es el número de los ángulos de la tierra, por lo que alude a la consumación y universalidad de ésta. Es el primero de los números que admiten división simple, lo que también indica debilidad. El *cuatro*, pues, *es el símbolo de la universalidad, de la creación, de la relación del hombre con el universo* y, a causa del fracaso del hombre frente a Dios, *también de la debilidad.*

Así, tenemos cuatro evangelios que contienen la expresión del amor de Dios hacia el mundo en la persona de su Hijo; amor que actúa con el propósito universal de que «todo aquél que en el cree, no se pierda» (Jn 3:16). El cuarto libro de la Biblia, el libro de Números, relata el viaje del creyente a través del desierto del mundo, como también lo hace la cuarta división del libro de Salmos. La creación material de la tierra finalizó también en el cuarto día, mientras que los días quinto y sexto los ocupó la acomodación y la población de la tierra (Gn. 1:14-19). En Génesis 2, se habla de un río que salía del Edén y se abría en cuatro caudales, y así hacía la tierra

fértil (v. 10). También en Génesis, capítulo 10, aparece una cuádruple ordenación del género humano, de los descendientes de Noé y sus hijos: «De éstos las costas de las naciones se dividieron en sus tierras, cada uno conforme a su lengua, según sus familias, en sus naciones» (v. 5, versión Biblia de las Américas). El sueño de Nabuconodosor, descifrado por Daniel (Dn. 2:31-36), profetizó acerca de cuatro grandes poderes mundiales; y, de nuevo, en la visión de Daniel se aparecieron cuatro bestias, símbolo de los imperios gentiles, cuya soberanía sería sobre toda la tierra. También en Ezequiel se nos habla de cuatro seres vivientes, cada una de ellas con cuatro caras y cuatro alas, así como cuatro manos de hombre situadas bajo las alas de sus cuatro costados (1:5-8). En 7:2, se hace referencia a los cuatro extremos de la tierra, y en 10:9 a cuatro ruedas; cuatro vientos en 37:9 y cuatro mesas en el 40:41; y, por último, en 45:19, también se habla de los cuatro ángulos del altar.

En Zacarías 1:18-21 aparecen cuatro cuernos y cuatro carpinteros, y en el versículo 6:1, cuatro carros. En la parábola del sembrador, según Mateo 13, se hace referencia a cuatro tipos de terreno, campos que representan las diferentes actitudes del mundo. En Apocalipsis 21, al igual que en Ezequiel 48, se nos presentan cuatro visiones de la nueva Jerusalén. Y, siguiendo en el libro de Apocalipsis y su juicio universal, se nos habla de cuatro ángeles, cuatro vientos de la tierra (7:1) y cuatro ángulos de la tierra (7:1 y 20:8), y de cuatro seres vivientes (4:8).

9
El número cinco

El número cinco se compone de cuatro + uno. Hemos visto que cuatro se refería a la relación del hombre con lo creado, mientras que uno representaba a Dios en su perfecta suficiencia. El número *cinco*, por lo tanto, *indica la responsabilidad del hombre bajo el gobierno de Dios*. Así como cuatro señalaba las obras del Dios Creador, el número cinco revela su obra de redención, símbolo de la gracia. La gracia es el bien que se hace a quienes no lo merecen; así pues, el número cinco muestra indignidad y debilidad. El cinco es el número del ejercicio y de la responsabilidad, de la debilidad y de la gracia a pesar de la debilidad.

Cinco son los libros de Moisés, especialmente relacionados con el hombre, su fracaso y la subsanación de Dios. Cuando los israelitas, redimidos por la sangre, partieron de Egipto, lo hicieron en una formación que denotaba debilidad y, consecuentemente, gracia: «en orden de batalla [o en fila de cinco]» (Éx. 13:18, versión de las Américas).

Cuarenta años después, tras un largo período de tiempo aprendiendo los caminos de Dios en el desierto, el pueblo de Israel llegó a la orilla del Jordán; y su forma-

ción muestra que entraron en aquella tierra por gracia; ya que lo hicieron «en orden de batalla» (Jos. 1:14, versión de las Américas). En Éxodo 30 se describe la quíntuple composición del bendito aceite de la unción, que revela la gracia en su pureza: «Tomarás especias finas: de mirra excelente quinientos siclos, y de canela aromática la mitad, esto es, doscientos cincuenta, de cálamo aromático doscientos cincuenta, de casia quinientos, según el siclo del santuario, y de aceite de olivas un hin» (vv. 23-24).

Aquí se nos representan las excelencias morales y las perfecciones de Cristo el Hijo del Hombre, el primero entre diez mil, y el más sublime de entre todos, en el poder del Espíritu Santo. En la composición del aceite de la unción debe emplearse únicamente lo más selecto, o lo más excelente, de las especias. La primera de ellas, la mirra, es una especia de gusto amargo pero de perfumada fragancia que se desprende libremente del árbol, y representa la gracia desprendiéndose de sus labios, que son «como lirios que destilan mirra fragante» (Cnt. 5:13). La segunda de las especias, la canela aromática, es la parte interior de la corteza, dulce y olorosa, que habla de la excelencia de su carácter, tal como lo conocieron los que pertenecían a su círculo más íntimo, los que formaban parte de su vida privada. El tercero de los ingredientes, el cálamo aromático, que forma el corazón del árbol, alude a la fragante perfección del pensamiento y el afecto de Cristo. La casia, última de las especias, compone la corteza exterior y simboliza igualmente la excelencia de su carácter, si bien manifestada en su vida pública entre los hombres. El aceite de oliva es un símbolo del Espíritu Santo, en cuyo poder Jesús siempre actuó. Se debía utilizar todo un hin, ya que

Dios «no da el Espíritu por medida» (Jn. 3:34) a su hijo.

En la construcción del tabernáculo, también predomina el número cinco, mostrando así que la debilidad sólo puede adorar a través de la gracia. El atrio tenía cien codos de longitud y cincuenta codos de anchura. En cada uno de los costados había veinte columnas, y diez en cada uno de los extremos, que hacían un total de sesenta columnas, o lo que es lo mismo, cinco veces doce, y que representaban el mandato de la gracia. También las columnas que sujetaban las cortinas estaban separadas por una distancia de cinco codos y medían cinco codos de altura. Toda la cortina del atrio se dividía en cuadrados de veinticinco codos cada uno. Las dimensiones del altar de bronce eran de cinco codos por cinco codos; y las del edificio en su conjunto, de diez codos de altura, cuarenta de anchura y treinta de longitud. En Levítico 26:28, Dios promete a su pueblo, a condición de que guarden sus mandamientos y anden según sus estatutos, que cinco de ellos perseguirían a un centenar; he aquí debilidad recubierta de poder de Dios. Cuando David, que no era más que un muchacho, se enfrentó con Goliat y lo derribó, lo hizo con «cinco piedras lisas del arroyo» (1 S. 17:40); vemos aquí como la gracia de Dios suplió la insignificancia del hombre. Cinco son los libros de la Biblia que se ocupan con detenimiento del corazón del hombre. Se les conoce conjuntamente como los Salmos, y son: Job Salmos, Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los Cantares.

Cinco partes se mencionan en la imagen que aparece en Daniel 2; la quinta representa un reino de barro cocido que consumirá todos los demás, un reino de gloria y gracia. En la parábola de las diez vírgenes de Mateo 25, cinco de ellas eran sabias y cinco insensatas. En Lucas

9 se nos narra cómo el Señor Jesús mostró su gracia al alimentar a una multitud de unos cinco mil hombres con tan sólo cinco panes y dos peces; la gracia se magnificó en la debilidad (versículos 13 y 14). Pablo, en su Primera Epístola a los Corintios, manifiesta su deseo de «hablar cinco palabras con mi entendimiento» (14:19); esto es, palabras expresadas en la debilidad en espera de ser revestidas del poder Dios.

Por último, la palabra *parakleto* aparece el Nuevo Testamento en cinco ocasiones. Cuatro de ellas se encuentran en el Evangelio de Juan, con referencia al Espíritu Santo, el Consolador, y una en la Primera Epístola de Juan, refiriéndose al mismo Señor Jesús, nuestro abogado (1 Jn. 2:1). Así se expresa la gracia perfecta de nuestro Dios, que nos alcanza a nosotros, su pueblo, en nuestra impotencia, y nos provee de un abogado para que no pequemos y de un abogado en su presencia, si es que hemos pecado.

10
El número seis

Seis es dos veces tres. Dos representa la división o la maldad y tres la manifestación. Por lo tanto, el número *seis indica la manifestación del mal.* El seis no llega a alcanzar el número de la perfección, el número siete, por lo que también denota un estado incompleto, y es a la vez, símbolo del hombre sin Cristo.

La creación del hombre fue en el sexto día, y seis son los días que se establecieron para que él trabajara. Los descendientes de Caín sólo persistieron hasta la sexta generación. En Génesis 22, se nos menciona en seis ocasiones la palabra «holocausto», mientras que la séptima se reserva para el substituto perfecto de Dios, el Cordero que Dios había de proveer (v. 8). Cuando el airado faraón se lanzó en persecución de los israelitas, lo hizo con seiscientos carros escogidos (Éx. 14:7), expresión plena del poderío del maligno. Posteriormente, cuando el pueblo hubo entrado en la Tierra Prometida, Dios estableció seis ciudades que servirían de protección ante el vengador de la sangre; y una séptima, de perfecta seguridad, que sería el Señor Jesús mismo (Jos. 20).

Salomón, en los días de su glorioso reinado, obtenía una renta anual de seiscientos sesenta y seis talentos de

oro (1 R. 10:14). Seis escalones tenía el gran trono de marfil recubierto de oro que mandó construir (v. 19), ya que su gloria no alcanzó la perfección; su reino no tardaría en dividirse. En Proverbios 6:16 leemos que «seis cosas aborrece Jehová», y, para completar esa maldad, añade: «Y aun siete abomina su alma».

En el primer milagro del Señor, en Caná de Galilea (Jn. 2:6), seis fueron las tinajas de piedra que se pusieron ante Él, símbolo del fracaso del hombre en llevar bendición. También en seis ocasiones mostró el hombre el odio que sentía hacia el Hijo de Dios, al acusarle de estar endemoniado (Mr. 3:22; Lc. 11:15; Jn. 7:20—8:48; 8:52 y 10:20). Posteriormente, aun cuando Pilato le condenó a muerte, seis personas coincidieron en testificar de su inocencia: el mismo Pilato (Lc. 23:14), Herodes (Lc. 23:15), Judas (Mt. 27:4), la mujer de Pilato (Mt. 27:19), el ladrón agonizante (Lc. 23:41) y el centurión (Lc. 23:47).

En la hora sexta, mientras el Señor se hallaba colgado entre los dos ladrones, mostrando el inextinguible amor de Dios y la ilimitada enemistad del hombre, unas grandes tinieblas se cernieron sobre la tierra (Mt. 27:45). En Apocalipsis 13:11-18 se nos describe un ser que producirá grandes maravillas, y cuyo reino será despótico. A él se refiere el versículo 18 al decir: «... Y su número es seiscientos sesenta y seis.»

Tres personajes se destacan de una manera preeminente en las Escrituras como enemigos declarados de Dios y su pueblo; y cada uno de ellos está marcado por el número seis, el número de la humanidad. Al primero lo encontramos en 1 Samuel 17:4-7: Goliat, el gigante de Gat cuya altura alcanzaba los seis codos y cuya punta de lanza pesaba seiscientos siclos de hierro. En segundo

lugar, en Daniel 3:1 se nos relata cómo el rey Nabuconodosor construyó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia, una imagen de oro que medía sesenta codos de alto por seis codos de ancho. Y, por último, el tercero de ellos aparece en Apocalipsis 13: el anticristo, cuyo número es el 666. En él se encarna la trinidad de la perfección humana, la perfección de la imperfección, la culminación del orgullo humano independiente de Dios y opuesto a su Hijo Cristo. De todos ellos, el primero, marcado por el 6, refleja el orgullo del poder humano; el segundo, que se halla marcado por el 66, denota el orgullo del dominio absoluto; y el tercero y último, cuya marca es el 666, simboliza el orgullo al que conduce la obediencia a Satanás.



11
El número siete

El número siete se compone de cuatro + tres; cuatro se refiere a lo que ha sido creado y tres a la manifestación divina. Así pues, el número *siete representa la creación proclamando a su Creador.* Es el símbolo de la *perfección espiritual*, ya sea del bien o del mal. Es también el número más frecuente en las Escrituras; sólo en el libro del Apocalipsis, donde el enfrentamiento del bien con el mal llega a su clímax, ya se le menciona más de cincuenta veces.

El día de reposo era en el séptimo día, ya que, tras seis días de esfuerzo, Dios descansó en el conocimiento de su perfección. Enoc, el séptimo desde Adán, «desapareció, porque le llevó Dios». Moisés, también, fue el séptimo desde Abraham. En Génesis 12:2-3 encontramos la séptuple bendición que Dios dio a Abraham: «(1) Haré de ti una nación grande, (2) y te bendeciré, (3) y engrandeceré tu nombre, (4) y serás bendición. (5) Bendeciré a los que te bendijeren, (6) y a los que te maldijeren maldeciré, (7) y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.»

También hizo Dios una séptuple promesa parecida al pueblo de Israel; promesa que viene asegurada, en su

principio y final, por la declaración: «Yo soy JEHOVÁ.» Así dijo: (1) «Yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, (2) y os libraré de su servidumbre, (3) y os redimiré con brazo extendido y con juicios grandes; (4) y os tomaré por mi pueblo, (5) y seré vuestro Dios .... (6) Y os meteré por la cual alcé mi mano jurando que la daría a Abraham, a Isaac y a Jacob; (7) y os la daré por heredad. Yo Jehová» (Éx. 6:6-8). En estas siete promesas, encabezadas por «y (yo) os...», se expresa la perfección de los propósitos de Jehová.

En Levítico 14, donde Dios da a conocer la ley del leproso, se dice que éste debía ser rociado siete veces (v. 7). Siete eran las fiestas de Jehová, algunas de las cuales se prolongaban hasta los siete días. También cuando Balac, rey de los moabitas, quiso que el contratado Balaam maldijera a Israel, mandó construir siete altares y preparó siete becerros y siete carneros, perfección de la adoración idólatra (Nm. 23:29). Siete veces, por mandato de Jehová, rodeó la ciudad de Jericó en el séptimo día el pueblo de Dios, precedido de siete sacerdotes que llevaban siete bocinas de cuerno de carnero. Así se consumó la victoria de la fe y la destrucción de la ciudad de la maldición (Jos. 6).

Posteriormente, en el libro de Jueces, siete cosas débiles se usaron para confundir a los poderosos, expresando la perfección espiritual de la obra divina de liberación: en 3:21, Dios usó a un hombre zurdo; en 3:31, una aguijada de bueyes; en 4:4, una mujer; en 4:21, una estaca de tienda; en 9:53, un pedazo de rueda de molino; en 7:20, cántaros y trompetas; y en 15:15, una quijada de asno.

En 1 Samuel 16:10 se habla de los siete hijos de Isaí; y en 2 Samuel 21:9, de los siete hijos de Saúl. En Mateo

12:45 aparecen siete espíritus inmundos más, verdadera culminación del mal. En Mateo 18:22, Jesucristo estableció la medida perfecta del perdón: setenta veces siete. En Marcos 16:9, se da esta explicación de María Magdalena: «de quien [Jesús] había echado siete demonios»; cima, nuevamente, de la iniquidad. En Hechos 6:2-3, para que los apóstoles no tuvieran que dejar «la palabra de Dios, para servir a las mesas», se escogieron «siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría» para que se ocuparan de los asuntos seculares. En el mismo libro se indica cómo luchó Dios por su pueblo y destruyó siete naciones en la tierra de Canaán (13:19).

Siete fueron las epístolas escritas a las iglesias para dar perfectas instrucciones acerca de los asuntos de la vida y la santidad; y también siete son las cartas a las iglesias que aparecen en Apocalipsis y que aportan una visión completa de la historia de la Iglesia. En Apocalipsis también se mencionan siete candeleros, siete estrellas, siete ángeles, siete espíritus, junto con siete sellos que cierran y protegen firmemente el libro, y siete plagas postreras en las que «se consumaba la ira de Dios» (Ap. 15:1).

12
El número ocho

El número ocho se forma sumando siete + uno. Como hemos visto, el siete indica perfección y el uno inicio. Así pues, el *ocho simboliza un nuevo comienzo*. Se relaciona con la resurrección y la regeneración, principio de un nuevo orden en lo establecido.

Cuando la ira de Dios se desbordó como el agua que arrasó el mundo antiguo, «Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas» (2 P. 2:5), salieron del arca y entraron en un mundo nuevo, en el que habrían de formar una nueva humanidad. Ocho fueron, en total, las personas que se salvaron (1 P. 3:20). En Génesis 21:4 leemos: «Y circuncidó Abraham a su hijo Isaac de ocho días, como Dios le había mandado.» La circuncisión, por lo tanto, se practicaba en el octavo día; el apóstol, al escribir a los colosenses, explica el significado espiritual de que así sea: «echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal» (2:11), consecuencia de la nueva creación en Cristo Jesús (Ef. 2:10). Siete días duraba la consagración de los sacerdotes y hasta el octavo no comenzaban sus tareas (Lv. 8:33). También el octavo día marcaba un nuevo inicio para el leproso que había de ser limpio, ya que en ese día el sacerdote le presentaba ante Dios (Lv.

14:10-11). El octavo Salmo anuncia el nuevo reino, el reino de Cristo, a quien Dios coronó «de gloria y de honra» y sujetó «todo bajo ... sus pies» (cp. He. 2:5-9).

En Lucas capítulo 9, el señor Jesús habla a sus amados discípulos acerca de los sufrimientos que iban a acontecerle, y de cómo un día el Hijo del Hombre vendrá «en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles» (v. 26). Tiempo después tuvo lugar la transfiguración del Señor en presencia de Pedro, Juan y Jacobo, quienes compartieron el privilegio de ver un anticipo de aquella resplandeciente gloria venidera. El versículo 28 explica que la transfiguración «aconteció como ocho días después», como si el momento en el que Jesús «recibió de Dios Padre honra y gloria» (2 P. 1:17) marcara el inicio de una nueva era. También fue en el octavo día, «el último y gran día de la fiesta», cuando Cristo pronunció aquella maravillosa invitación a que los hombres vinieran a la experiencia de la nueva vida: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (Jn. 7:37).

En el primer día de la semana, esto es, el octavo día, una mujer que buscaba a Jesús se detuvo ante el sepulcro de la peña y oyó la asombrosa frase: «No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor» (Mt. 28:6). El octavo día había anunciado un nuevo comienzo, la vida tras la resurrección. También es interesante resaltar que el Señor Jesús resucitado, tras haberse aparecido ante sus discípulos estando Tomás ausente, se les volvió a presentar de nuevo «ocho días después» (Jn. 20:26); y así dio nueva vida a la fe de aquél que dudaba.

13
El número nueve

El nueve es el último de los números simples que se conocen como dígitos. Los números que se forman a partir de él, no son más que combinaciones de esos dígitos. El *nueve*, pues, *marca el fin*. Es el número del final y del juicio. Pero también es el resultado de sumar tres veces tres; el tres se refería a la consumación divina. Por lo tanto, el nueve indica final en las cosas divinas.

En Levítico 25:22, Dios da el mandamiento de que la fruta añeja se debía comer hasta el noveno año; y también, en el quinto día de la fiesta de los Tabernáculos se sacrificaban nueve becerros (Nm. 29:26). En la profecía de Hageo, se enumeran los juicios de Dios en los siguientes nueve aspectos: «Y llamé la sequía sobre esta tierra, y sobre los montes, sobre el trigo, sobre el vino, sobre el aceite, sobre todo lo que la tierra produce, sobre los hombres y sobre las bestias, y sobre todo trabajo de manos.» (1:11). Nueve son las personas apedreadas que aparecen en las Escrituras: el blasfemo (Lv. 24:16), un violador del día de reposo (Nm. 15:36), Acán (Jos. 7:25), Abimelec (Jue. 9:53), Adoram (1 R. 12:18), Nabot (1 R. 21:10), Zacarías (2 R. 24:21), Esteban (Hch. 7:59) y Pablo (Hch. 14:19).

Cuando el señor Jesús usó de su poder para sanar a los diez leprosos, sólo uno de ellos volvió para darle las gracias, al cual Jesús preguntó: «... Y los nueve, ¿dónde están?» (Lc. 17:17). En la hora novena de la crucifixión, el Señor Jesús exclamó, en su dolor: «... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mr. 15:34). También en la hora novena, la hora de la oración, subían Pedro y Juan al templo (Hch. 3:1); y también en esta misma hora de la oración, Dios oyó a Cornelio y éste tuvo una visión (Hch. 10:30).

En 1 Corintios 12:8-10 se nos presentan, en su integridad, los dones del Espíritu, el número de los cuales es nueve: «Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas.»

Por último, en Gálatas 5:22-23 se enumeran los nueve tipos de gracia que nos son dadas por parte del Espíritu, denominadas «el fruto del Espíritu»: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.» Perseverando en ellos y mostrándolos, el creyente lleva fruto para Dios.

14
El número diez

El diez marca el inicio de una nueva serie de números. Así como los números del 0 al 9 completaban un ciclo, ahora formamos otro añadiendo un 1 delante de cada uno de estos dígitos. Por lo tanto, el *diez señala la perfección del orden divino.* Este orden divino, sin embargo, implica responsabilidad por parte del hombre. Así pues, el número diez indica la responsabilidad de los hombres hacia Dios.

El hombre posee diez dedos de la mano y diez dedos de los pies que le capacitan para caminar. Ahora bien, la capacidad implica responsabilidad, y la responsabilidad conlleva su correspondiente castigo o galardón; el número diez se puede referir tanto a lo uno como a lo otro. En el primer capítulo de Génesis, la frase «y dijo Dios» aparece en diez ocasiones, y expresa la responsabilidad del hombre en presencia de la Palabra de Dios. Noé, la décima generación desde la creación, completó la era antediluviana y fue el último antes de que el juicio sobreviniera. En Éxodo 9 y los capítulos subsiguientes se pone de relieve la responsabilidad del faraón, al endurecer éste su corazón en diez ocasiones, lo que supuso un idéntico número de castigos.

Los Diez Mandamientos (Éx. 20) contienen todo lo necesario para el hombre en número y orden, y evalúan la responsabilidad del hombre y su caminar delante de Dios. También en el tabernáculo aparecen diez cortinas, diez columnas y diez basas. El número de las basas de plata que sostenían el tabernáculo era diez por diez, lo que hace referencia a la completa redención. En Números 14:22 se dice que los israelitas tentaron a Jehová en diez ocasiones, expresión del fracaso en la responsabilidad del pueblo de Dios. Dios también exigía diezmos, una parte de entre diez, a los israelitas, como medida de responsabilidad de éstos. En las Escrituras se encuentran diez cumplimientos de la Pascua: en Egipto (Éx. 12), en el desierto (Nm. 9:5), en los llanos de Jericó (Jos. 5:10), la de Ezequías (2 Cr. 30:1), la de Josías (2 Cr. 35:1), la de Esdras (Esd. 6:19), en Jerusalén, cuando Jesús tenía doce años (Lc. 2:42), Juan 2:13, Juan 6:4 y, por último, Mateo 26:2.

El poder mundano del Anticristo también se compone de diez reinos, simbolizados por los dedos de los pies en la estatua que apareció en el sueño de Nabuconodosor (Dn 2:41), y por los diez cuernos de la cuarta bestia en la visión de Daniel (Dn. 7:7). La responsabilidad también se manifiesta en la parábola de las diez vírgenes (Mt. 25).

El número de las parábolas del reino en Mateo también es diez; siete se encuentran en el capítulo 13 y tres en los capítulos 22 y 25. En Lucas 15:8 se indica también esta idea de integridad en las diez monedas de plata y en la preocupación de aquél que había perdido una de ellas por encontrarla.

Por último, en Romanos 8:38, 39 se encuentra la diez veces segura confianza, a través de la fe, del hijo de Dios

en Jesucristo: «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.»

15
El número once

El número once es poco frecuente en las Escrituras; aparece, aproximadamente, en unas treinta y ocho ocasiones. Es más que diez, que se refiere al orden perfecto, y menos que doce, que denota el gobierno o mandato divino. Por lo tanto, el significado del número *once es el de desorden e imperfección* y también *señala lo incompleto de la soberanía mundana.*

En Génesis 32:22 leemos acerca de los once hijos de Jacob, indicación del desorden que imperaba en aquella familia, ya que después se diría que «uno no parece». Once eran los jefes de Edom (Gn. 36:40-43), enemigos muy cercanos de los israelitas, si bien muy diferentes de éstos en orden y gobierno. El rechazado José vivió durante once años en la casa de Potifar; y en el sueño que provocó celos a sus hermanos aparecían once estrellas (Gn. 37:9). En el tabernáculo, once eran las cortinas de pelo de cabra (Éx. 26:7). El trecho que separaba Horeb de Cades-barnea, tan desastroso para el pueblo de Israel, tardaba once días en recorrerse (Dt. 1:2). Un sólo día apartaba a Cades-barnea de la Tierra Prometida y del perfecto mandato de las leyes de Dios.

Once ciudades se mencionan en Josué 15:51, y once

años reinaron los reyes Joacim y Sedequías (2 R. 23:36—24:18). Once reyes o gobernantes se airaron contra los siervos de Dios que daban testimonio de la verdad:

- El faraón (Éx. 10:28)
- Balac (Nm. 24:10)
- Jeroboam (1 R. 13:4)
- Acab (1 R. 22:27)
- Naamán (2 R. 5:12)
- Asa (2 Cr. 16:10)
- Joás (2 Cr. 24:21)
- Uzías (2 Cr. 26:19)
- Joacim (Jer. 26:21)
- Sedequías (Jer. 32:3)
- Herodes (Mt. 14:3).

Mateo 20:6 hace referencia a la undécima hora, y Mateo 28:16 al encuentro de los once discípulos con su Señor. La vida del Señor Jesucristo en esta tierra fue de unos treinta y tres años, o sea, tres veces once. Él era la manifestación de Dios, pero la vida le fue quitada en la mitad de sus días (Dn. 9:26), y, sin embargo «todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas» (He. 2:8).

En Hechos 1:26 vemos cómo los once apóstoles, cuyo testimonio era incompleto, añaden a su numero un duodécimo: «de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros» (v. 21).

16
El número doce

El número *doce manifiesta soberanía.* Se refiere a la administración del mandato divino en la tierra. Y el mandato divino es necesariamente mandato perfecto. El *doce es*, por lo tanto, *el número del gobierno perfecto*, de la misma manera que el tres era el de la perfección divina y el diez el del orden perfecto o perfección ordinal.

El pueblo de Israel, en Éxodo 15:27, después de un intento frustrado en el desierto de Shur, encontró sosiego y fortaleza junto a las doce fuentes de Elim. Doce piedras preciosas adornaban el pectoral del sumo sacerdote, y en cada una de ellas, se hallaba el nombre de una de las doce tribus (Éx. 28:21). Cuando finalmente, tras largos años vagando por el desierto, los israelitas cruzaron el Jordán y entraron en la Tierra Prometida, conmemoraron la bondad de Dios al mantener separadas aquellas aguas de juicio construyendo en medio del lecho del río un monumento de doce piedras, y también levantaron otro monumento similar cerca del río, en Gilgal (Jos. 4:8, 9). También doce eran los bueyes sobre los que se sostenía el mar fundido en el templo de Salomón (1 R. 7:25) y las puertas de la ciudad, enumeradas en Ezequiel

48:31-34, las cuales manifiestan la autoridad administrativa de Israel respecto a las otras naciones.

A la edad de doce años encontraron a Jesús entre los doctores de la ley, en Jerusalén (Lc. 2:46). En Mateo 19:28 Jesús predice un día en el que el Hijo del Hombre se sentará en el trono de su gloria, y promete a sus apóstoles que «os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel». Posteriormente, en el momento en que fue traicionado, impidió que el impetuoso Pedro hiciese uso de la fuerza con esta pregunta: «¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?» (Mt. 26:53). La perfección del poder de los ángeles estaba a su disposición, aun cuando se sometió a sí mismo al odio de los hombres. En Hechos 7:8 Esteban habla de los doce patriarcas.

Por último, en Apocalipsis 21 se describe «la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios» (v. 10). Con sus doce puertas, doce ángeles, doce nombres inscritos de las tribus, doce cimientos, doce nombres de los apóstoles del Cordero, y su longitud y anchura de doce mil estadios cada una, simboliza la soberanía de los santos glorificados sobre la creación.

17
El número cuarenta

El número *cuarenta implica probación.* Representa un período de dificultades en el que alguien es sometido a pruebas.

Así, en la organización económica del pueblo de Israel, los hombres no alcanzaban la madurez hasta los cuarenta años; a esta edad, por ejemplo, se casaron tanto Jacob como Esaú. Durante cuarenta años habitó Moisés en la corte de Faraón (Hch. 7:23), y durante cuarenta años cuidó del rebaño en Madián (Hch. 7:30), mientras que en sus últimos cuarenta años guió al pueblo de Israel a través del desierto hacia la Tierra Prometida. Durante cuarenta años aprendió a creer que era alguien, y durante cuarenta años vivió considerando su insignificancia, tras los cuales ya había sido forjado en las manos de Dios para serle un instrumento útil. Cuando los israelitas acamparon al pie del monte Sinaí, Moisés permaneció cuarenta días y cuarenta noches en la cumbre, hasta recibir las tablas del testimonio de la mano de Dios. Posteriormente, al llegar a Cades-barnea, Dios permitió que siguieran sus propias opiniones (Dt. 1:22), y así, enviaron espías para que reconocieran la tierra, quienes durante cuarenta días y cuarenta noches exploraron

el terreno (Nm. 13:25). A causa de esos cuarenta días de incredulidad, el pueblo de Israel tuvo que vagar en el desierto durante cuarenta años, en los que aprendió la lección de obediencia y dependencia en Dios, y que Dios utilizó para afligirles y probarles (Dt. 8:2).

Según aparece en Deuteronomio 25:3, el número de azotes que se podía dar a un delincuente no debía sobrepasar los cuarenta; y también cuarenta fueron los días establecidos para la purificación de una madre israelita tras haber ésta concebido (Lv. 12:2-4). Saúl, escogido por el pueblo, reinó durante el período de prueba de cuarenta años, como también lo hicieron David y Salomón. En Ezequiel 4:6, la iniquidad de la casa de Judá fue llevada durante cuarenta días; mientras que en 29:13 del mismo libro, Dios castiga a Egipto durante cuarenta años.

El Señor Jesús soportó el duro ataque de las tentaciones de Satanás en el desierto a lo largo de cuarenta días (Lc. 4:2); y durante el mismo período de tiempo se presentó a sus discípulos, «con muchas pruebas indubitables» (Hch. 1:3), mostrándoles que en verdad estaba vivo.

18
La perfección numérica de Cristo

Jesucristo es el Hijo eterno de Dios, Aquél que es perfecto; y siete es el número que indica perfección en las Escrituras; por lo tanto, cabe pensar que dicho número aparezca un gran número de ocasiones en la Palabra de Dios refiriéndose al Hijo de Dios. Las siguientes referencias y citas demostrarán que, en efecto, así sucede.

En primer lugar consideremos algunos de los medios que Dios usó, los precursores, para prenunciar la obra y la condición de Cristo. Inmediatamente después de la liberación del pueblo de Israel de Egipto y el inicio del viaje de éstos a través del desierto, los israelitas dispusieron lo necesario para la adoración del Dios que les había redimido. Con este fin se construyó el tabernáculo, siguiendo hasta el más mínimo detalle las indicaciones que Dios había dado en cuanto a todos sus accesorios. El Señor Jesucristo se nos muestra en toda su plenitud redentora desde la puerta del atrio hasta la gloria *Shekinah* en el lugar santísimo, en una séptuple presentación:

1. Justo después de la entrada nos encontramos con el altar de bronce, que representa la regeneración de Cristo.
2. Después viene la fuente de bronce, figura de la purificación de Cristo.
3. Al acercarnos al candelero de oro vemos a Cristo en su iluminación.
4. En la mesa de los panes de la proposición se representa a Cristo como sustentador.
5. El altar de oro recuerda la intercesión de Cristo.
6. El arca del pacto nos simboliza la representación de Cristo.
7. El propiciatorio manifiesta la consagración de Cristo.

De esta manera se nos presenta la obra del Señor Jesucristo en toda su maravillosa perfección. En el séptimo mes tenía lugar el día de la expiación (Lv. 16:29). En aquel día se rociaba hacia el oriente el propiciatorio solamente una vez, haciéndose hacia Dios; mientras que la parte de delante del propiciatorio se rociaba no una sino siete veces, lo que daba pleno testimonio al pueblo de la perfecta expiación. (Lv. 16:14). Siete eran los diferentes rociamientos que se realizaban en aquel gran día de la expiación. Estos rociamientos se hacían:

- En el propiciatorio (Lv. 16:14).
- Delante del propiciatorio (Lv. 16:14).
- Delante del velo (Lv. 4:17).
- Sobre los cuernos del altar de oro (Éx. 30:10).
- Sobre los cuernos del altar de bronce (Lv. 16:19).
- Alrededor del atar de bronce (Lv. 16:18)
- La sangre que sobraba se derramaba al pie del altar de bronce (Lv. 4:18).

Así, de esta séptuple manera, se declaraba la perfección del poder limpiador de la preciosa sangre de Cristo.

En Isaías 11:2 se declaran así las cualidades del Hijo de Dios: «(1) Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; (2) espíritu de sabiduría y de (3) inteligencia. (4) espíritu de consejo (5) y de poder, (6) espíritu de conocimiento (7) y de temor de Jehová.» Estas siete cualidades representan la perfección de aquél «que nos ha sido hecho por Dios sabiduría» (1 Co. 1:30), «en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría» (Col. 2:3), el «Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios» (1 Co. 1:24). Las siete veces que el leproso se zambulló en el Jordán, en 2 Reyes 5:14, manifiestan que la perfecta obediencia de la fe conlleva la perfecta limpieza por la sangre de Cristo.

En el Antiguo Testamento, algunas palabras muy significativas se usan en un interesante orden numérico. «Propiciatorio», figura de Cristo, lugar de encuentro entre el pecador y Dios, aparece en veintisiete ocasiones (o tres veces tres veces tres), y pone énfasis en la manifestación de la perfección divina. «Incienso aromático», reflejo de la límpida fragancia que exhala la vida de Jesús, se puede encontrar en catorce versículos (o dos veces siete), dando testimonio de Jesús como el Cordero sin mácula de Dios. «Madera de acacia», imagen de la humanidad de Cristo, figura veintiocho veces (o cuatro veces siete), ya que su naturaleza era perfectamente humana y perfectamente divina. Y, por último, se emplea «maná», símbolo del pan verdadero que viene del cielo, en catorce lugares, refiriéndose a Aquél que satisface tanto a Dios como a los hombres.

También el nacimiento de Jesús estuvo marcado por

el número siete. Las frases «la/s generación/es de» o «la/s genealogía/s de» aparecen en trece lugares del Antiguo Testamento; el libro de Mateo, por su parte, da comienzo con las siguientes palabras: «Libro de la genealogía de Jesucristo», que conforman el número catorce, o dos veces siete. El Hijo de Dios nacido al mundo inicia una nueva creación, y completa en su perfección la obra de Dios. En el mismo capítulo de Mateo se hallan, también, estas palabras: «De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce: y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce» (v. 17). Así, con esta triple repetición de dos veces siete, se muestra que el Hijo de Dios vino al mundo en la plenitud del tiempo y en la perfección de los designios del Padre.

Consideremos, pues, las genealogías de Jesucristo, las cuales sólo aparecen, de acuerdo al propósito divino, en dos de los cuatro evangelios. La frase de Zacarías 9:9, «he aquí tu rey», resalta la presentación que de Jesús hace el libro de Mateo; «he aquí mi siervo» (Is. 42:1), la del evangelio de Marcos; «he aquí el varón» (Zac. 6:12), la de Lucas; y «ved aquí al Dios vuestro» (Is. 40:9), la de Juan. Sin embargo, un siervo no necesita genealogías, de la misma manera que Dios, el eterno, no posee genealogía alguna; esta es la razón de que Marcos y Juan no la incluyan entre sus páginas. Por el contrario, Marcos aporta el testimonio de Dios hacia su siervo perfecto: «... Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia» (Mr. 1:11); y Juan nos conduce a Aquel que se halla ante todo, el que habita la eternidad, el Dios Todopoderoso: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» (Jn. 1:1). Por otra parte, puede que

sea del agrado de un hombre el poseer genealogía; pero, en el caso de un rey, ésta es imprescindible; por esta razón, Lucas y Mateo nos presentan cada uno una. Estas genealogías difieren, pero no se contradicen, sino que se hallan en perfecta armonía, ya que Mateo, al centrarse en Jesús como rey, sigue la línea de descendencia real a partir de Salomón, mientras que Lucas, con la mira puesta en el Jesús hombre, traza su linaje natural desde Natán, hermano mayor de Salomón.

Setenta y siete nombres constan en la genealogía de Lucas: Dios es quien la inicia y su Hijo, Jesús, quien la finaliza, poniendo en contraste la perfección humana con la perfección de la Deidad. En la de Mateo se hace un recuento de cuarenta y dos generaciones, o seis veces siete. Se ha señalado que, en la lista de Mateo, cuatro nombres han sido omitidos: Ocozías, Joás, Amasías y Joacim, los cuales, junto a los veintiún nombres anteriores a Abraham, darían un total de sesenta y seis. El Señor Jesucristo era, pues, el sextuagésimo sexto descendiente en el linaje de Salomón, lo que determina su perfecta humanidad. De esta manera coinciden en Cristo Jesús la perfección de la Deidad y la perfección de la humanidad; en una sola y a la vez bendita persona.

Centrémonos de nuevo en la vida de Jesús entre los hombres. ¿Cómo fue personalmente? Santiago 3:17 describe apropiadamente a Jesús, suprema manifestación y encarnación de la sabiduría: «Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía.» Así fue Cristo, sabiduría de lo alto.

1. *¿Fue puro?*: Jesús fue «santo inocente y sin mancha» (He. 7:26).

2. *¿Fue pacífico?:* «Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo» (He. 12:3).

3. *¿Fue amable?:* «Cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba» (1 P. 2:23).

4. *¿Fue benigno?:* «Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos» (Lc. 24:29).

5. *¿Estuvo lleno de misericordia y buenos frutos?:* «Tuvo compasión de ellas [las multitudes]» (Mt. 9:36). Esta misma expresión se usa cinco veces, siempre refiriéndose a Jesús, en Mateo y Marcos, y simboliza la gracia, o la debilidad. En este caso es símbolo de la gracia que se transforma en debilidad, con las manos rebosantes de ayuda.

6. *¿Fue Él sin incertidumbre?:* «Pero Jesús no le respondió ni una palabra» (Mt. 27:14).

7. *¿Fue sin hipocresía?:* «El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca» (1 P. 2:22).

Bendito e inmaculado fue el Hijo de Dios, séptuple perfección de la sabiduría.

Al principio, la misión del Señor Jesucristo se manifestó en esta séptuple señal de la perfección de origen y propósito. Alzándose en la sinagoga de Nazaret, cogió el libro de Isaías, y leyó este pasaje, tal como lo recoge el capítulo 4 del Evangelio de Lucas, versículos 18 y 19: «(1) El Espíritu del Señor está sobre mí, (2) por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; (3) me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; (4) a pregonar libertad a los cautivos, (5) y vista a los ciegos; (6) a poner en libertad a los oprimidos; (7) a predicar el año agradable del Señor.» ¡Maravillosa y perfecta expresión de compasión, gracia y poder! Él, y sólo Él, es la total respuesta a ese cielo que ahora permanece en silencio, a cualquier necesidad que el hombre pueda tener.

También en siete ocasiones, mientras vivió entre los hombres, relata la Biblia que se le presentaron ángeles, mensajeros de Dios, ya vinieran para Él mismo o por algún motivo relacionado con Él.

1. En el momento de su nacimiento fue un ángel quien tranquilizó a los atemorizados pastores diciendo: «No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor» (Lc. 2:10-11).

2. Cuando el despiadado Herodes buscaba acabar con la vida de Jesús, un ángel se presentó a José y le advirtió y aconsejó la huida a Egipto (Mt. 2:13).

3. Posteriormente, tras la muerte de Herodes, un ángel apareció de nuevo a José y le mandó que se volviera a la tierra de Israel.

4. En el desierto, tras resistir todas las tentaciones de Satanás, «he aquí vinieron ángeles y le servían» (Mt. 4:11).

5. Nuevamente, en la noche en que sería traicionado, en la que tantas cosas acontecieron, estando a un tiro de piedra de sus adormilados discípulos, Jesús agonizaba y oraba a Dios, pero «se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle» (Lc. 22:43).

6. En aquella gloriosa y triunfal mañana, la mañana de su resurrección, fue «un ángel del Señor» quien aterrorizó a los enemigos del Señor, los guardias, y reconfortó a sus amigos, la mujer que había venido a buscarle (Mt. 28:2-5).

7. Por último, cuando Jesús, con las manos alzadas en señal de bendición, ascendió al cielo y fue recibido y rodeado por aquella nube que le apartó de la vista de sus seguidores, fueron «dos varones con vestiduras blancas» quienes consolaron a éstos y les dieron nuevas esperanzas al anunciarles que Jesucristo habría de venir de nuevo (Hch. 1:10-11).

También cuando Jesús, a petición de sus discípulos les enseñó a orar, lo hizo con un séptuple ruego, expresión de la perfecta petición. Además reveló la naturaleza del reino de los cielos a través de siete parábolas (Mt. 13).

En el evangelio de Juan, escrito para que creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, siete son los milagros que tienen lugar. En el capítulo 2 Jesús transforma el agua en vino; en 4:47 restablece al hijo de un noble; en 5:4 sana al paralítico de Betesda; el capítulo 6 nos narra la milagrosa alimentación de los cinco mil; en 9:1-7 un ciego recobra la visión; en el capítulo 11 Jesús resucita a Lázaro de entre los muertos; y, finalmente, en el capítulo 21 hallamos el relato de aquella maravillosa pesca. Así pues, mediante la manifestación de ese perfecto poder, se declara que Jesús era en verdad el Cristo, el Hijo de Dios.

En el mismo evangelio también se encuentran las dádivas de Cristo, cuyo número es siete, ya que Él es el perfecto dador.

1. Jesús *da su carne*: «El pan que yo daré es mi carne» (Jn. 6:51).

2. Jesús *da su vida*: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas» (Jn. 10:11).

3. Jesús *da ejemplo de su afectuoso y humilde servicio*: «Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis» (Jn. 13:15).

4. También, mediante la oración a su Padre, Jesús nos *da el Consolador*, el Espíritu Santo: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre» (Jn. 14:16).

5. Conociendo las tribulaciones que aguardan a los suyos, Jesús les *da paz duradera*: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn. 14:27).

6. Sabiendo que habría un día en que los hombres no aceptarían la verdad sino que refutarían cada una de sus palabras, Jesús nos *dio sus propias palabras*, con la seguridad de que estaban inspiradas por Dios: «Las palabras que me diste les he dado» (Jn. 17:8).

7. Por último, el mismo que derramó sobre sus gente su abundante gracia, también les *dio su gloria*: «La gloria que me diste, yo les he dado» (Jn. 17:22). Sus dádivas, por lo tanto, llevan la marca de la perfección divina.

La repetición de algunas palabras merece ser resaltada. En el libro de Apocalipsis, la palabra «Cordero», usada específicamente en referencia al Señor Jesucristo, aparece en veintiocho lugares, o cuatro veces siete, reflejando la perfección de su sacrificio.

El Hijo de Dios sin pecado al que los hombres pecadores rechazaron y clavaron en un madero, aun en la hora de su tormento expresó perfección, al pronunciar sus labios las siete frases siguientes:

- «Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23:34).
- «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc. 23:43).
- «Mujer, he ahí tu hijo ... He ahí tu madre» (Jn. 19:26-27).

- «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27:46).
- «Tengo sed» (Jn. 19:28).
- «Consumado es» (Jn. 19:30).
- «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23:46).

Posteriormente, en su resurrección y luego en su gloriosa ascensión, también el número siete indica perfección en todo lo que a Él se refiere. Jesús, la piedra desechada por los edificadores, es proclamada en siete ocasiones la piedra angular. Veintiuna veces, o tres veces siete, se hace referencia a Jesús como quien está a la diestra de Dios, la perfección de la exaltación. También siete veces se le nombra sumo sacerdote según el orden de Melquisedec, proclamando así la perfección y el carácter duradero de la obra de intercesión por su pueblo.

La altura a la que Dios ha elevado a su amado Hijo sólo puede medirse considerando lo profundo de la humillación de éste. En Filipenses 2 se nos describen, de una séptuple manera, tanto la altura como su humildad. El Señor Jesús, en sublime condescendencia, «(1) se despojó a sí mismo (2) tomando forma de siervo, (3) hecho semejante a los hombres; (4) y estando en la condición de hombre, (5) se humilló a sí mismo, (6) haciéndose obediente hasta la muerte, (7) y muerte de cruz» (vv. 7-8). Sin embargo, cuando el diablo y los hombres lo habían sometido a lo más bajo, Dios lo elevó a lo sumo, como podemos leer en esta, de nuevo, séptuple exaltación: «(1) Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, (2) y le dio un nombre que es sobre todo nombre, (3) para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla (4) de los que están en los cielos, (5) y en la tierra, (6) y debajo de la tierra, (7) y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (vv. 9-11).

También podemos contemplar la manera en la que el Padre ha honrado a su hijo en la Epístola a los Hebreos, donde, en referencia a Jesús, se emplean siete calificativos. En Hebreos 1:2 Jesús es el «heredero de todo»; en 2:10, el autor de nuestra salvación. El 3:1 nos insta a considerar «el apóstol» de nuestra profesión. En 5:9 se nos presenta como el autor de la salvación. En 6:20 Jesús es el precursor, el que entró en el velo; en el 10:21, el «gran sacerdote». En último lugar, en 12:2, Jesús aparece como el «autor y consumador de la fe».

Siguiendo en el mismo libro, en el que tan profundamente se contrasta la gloria eterna de Cristo con la gloria pasajera del ritual judío, no resulta extraña la mención de siete bendiciones concernientes al creyente que provienen, todas ellas, de Aquél que es «una mejor esperanza» (7:19), asimismo descritas todas como «mejor». En 7:22 tenemos «un mejor pacto»; en 8:6, «mejores promesas»; en 9:23, «mejores sacrificios»; en 10:34, «una mejor ... herencia»; en 11:35, una «mejor resurrección»; en 11:16, «una mejor [ciudad]»; y en 11:40, una «cosa mejor».

La relación en que Cristo ha situado la Iglesia respecto a sí mismo aparece, de una séptuple manera, en el capítulo 5 del libro de Efesios:

- Cristo es cabeza de la Iglesia (v. 23).
- La iglesia está sujeta a Cristo (v. 24).
- Cristo amó a la iglesia.
- Y se entregó a sí mismo por ella.
- Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra.
- A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia glo-

riosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante.

- Sino que fuese santa y sin mancha (vv. 25-27).

El uso de la palabra *amomos*, cuyo significado es «sin» y que aparece también siete veces junto a «mancha», (Ef. 5:27; 1 P. 1:19; He. 9:14; Ap. 14:5; Ef. 1:4; Jud. 24 y Col. 1:22), confirma el total cumplimiento de este bendito propósito.

Efesios 4:4-6 presenta una unidad de la Iglesia que se compone de siete elementos, mientras que en Colosenses 3:12-13, junto con 2 Pedro 1:5-7, se hallan las siete gracias que deberían formar parte de cada uno de los miembros de esa Iglesia. Por último, en el libro de Apocalipsis, en el que predomina el número siete, el nombre de nombres, Jesús, sólo se nombra una vez, al igual que el de Jesucristo, mientras que Señor se utiliza veintiuna veces, simbolizando en todas ellas su intrínseca perfección. Cuando Juan fue testigo de la visión de su gloria, vio una hueste frente a sí, cuyo número era «millones de millones», entonando a una esta séptuple alabanza dirigida al Hijo de Dios: «El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza» (Ap. 5:12-13).

Por último, al contemplar reunida «una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas» (Ap. 7:9) alrededor de su trono, una alabanza, compuesta también de siete partes, volvió a resonar: «La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén» (Ap. 7:12).

19
Exactitud matemática

Resultaría muy provechoso, antes de conculir este breve libro, referirse a la exactitud de la Palabra de Dios; exactitud que se manifiesta en numerosos pasajes a lo largo de sus páginas, mostrando la máxima precisión matemática.

En Génesis capítulo 12, Dios se aparece a Abraham para sacarle de Harán y guiarle hasta la tierra que prometió darle, diciendo: «Haré de ti una nación grande» (v. 2). Abraham obedeció y partió, aun cuando ningún hijo le había nacido en quien la promesa pudiera cumplirse. Los años transcurrieron y Abraham fue próspero, pero no olvidó a Dios en su prosperidad, sino que permaneció sujeto a su voluntad. Aunque Lot hubiese tomado una decisión personal, a Abraham le contentaba aceptar las que Dios tomaba por el. Nuevamente se presentó Dios a Abraham (Gn. 13:16) y reafirmó su promesa, diciendo esta vez: «Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada.» El tiempo siguió transcurriendo y el hijo de la promesa de Dios no nacía; sin embargo, Abraham aún permanecía en el camino de la fe, rehusando mezclarse en los asuntos

materiales con el rey de Sodoma. Dios le manifestó su complacencia al presentarse ante él por tercera vez; y por tercera vez repitió su promesa (15:4) y dijo: «No te heredará éste, sino un hijo tuyo será el que te heredará.» Los años continuaron su implacable curso, y Abraham cumplió los noventa y nueve años; su hijo, el hijo prometido, aún no había nacido. Pero para entonces, el propósito de Dios ya se había cumplido, y Jehová cumple su promesa: «Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, *en el tiempo que Dios le había dicho*» (Gn. 21:2).

En Hebreos 11:12 encontramos unas palabras del Espíritu Santo al respecto: «Por lo cual también, de uno, y ése ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar.» Isaac, sin embargo, no fue más que un prototipo de Jesús, verdadero Hijo de la promesa. Según la cronología que se halla en nuestras Biblias, Cristo vino a nacer a este mundo hacia el año 4000, en el cuadragésimo siglo.

El número cuarenta, como hemos visto con anterioridad, es el símbolo de la prueba. Así, tras un largo período en el que el mundo fue puesto a prueba bajo la ley, Jesús vino para anunciar la gracia. De la misma manera que a Abraham, ya casi muerto, le nació Isaac a la edad de cien años, así también vino Cristo al mundo cuando toda carne aparecía como muerta ante los ojos de Dios. Sin duda alguna, el Dios del cielo ha establecido un «tiempo preciso», cargado de significado, y que jamás se adelanta ni demora, en el que las cosas han de ocurrir.

Otra imagen se nos presenta en Números 11:5. El pueblo de Israel, redimido de la tierra del capataz, se dirige hacia la tierra prometida por Dios, aquella «tierra

buena y ancha» (Éx. 3:8). Sin embargo, en el camino los israelitas se cansan, lamentablemente, del alimento con que Dios les proveía, y comienzan a anhelar aquél de la tierra de esclavitud. Sin recordar las aflicciones sufridas en aquella tierra, la elaboración de ladrillos sin paja, sus gemidos y suspiros, el pueblo de Israel se acuerda de lo agradable, de la comida que allí se les ofrecía. Seis eran los productos con que se alimentaban: pescado, pepinos, melones, puerros, cebollas y ajos. Sin embargo, el seis es el número del hombre, y denota el fracaso y la imposibilidad de una satisfacción duradera. Así pues, en este pasaje se hace referencia a lo decepcionante de la naturaleza humana y de todo lo que a ella pertenece, al descontento y al anhelo insatisfecho que se halla profundamente instalado en el corazón humano. Byron lo describe así:

Aunque el ingenio centellee en los labios sagaces
y el júbilo distraiga al pecho,
En las horas de medianoche
que ya no conceden la antigua esperanza del descanso,
No son más que hojas de hiedra
que cercan cual guirnalda el torreón en ruinas;
En apariencia verdes y exhuberantemente frescas,
¡pero grises y desgastadas en su interior!

Contrastemos estas palabras con las de Deuteronomio 8:8, donde se nos describe detalladamente la comida de Canaán: «Una tierra de trigo y cebada, de viñas, higueras y granados; una tierra de aceite de oliva y miel» (Versión de las Américas). Vemos aquí que el número de los productos de Canaán, marcados de perfección divina, es siete, garantía de satisfacción

plena. Ciertamente, «serán completamente saciados de la grosura de tu casa, y tu los abrevarás del torrente de tus delicias» (Sal. 36:8).

Un nuevo ejemplo de la exactitud de la Palabra de Dios se halla en 2 Reyes capítulo 2. Elías, cercana su partida al cielo, sale de Gilgal y se dirige a Bet-el, y, posteriormente, en compañía de Eliseo, va a Jericó y después al Jordán. El profeta que iba a partir dijo, volviéndose hacia su compañero: «Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti» (v. 9). La respuesta de Eliseo merece nuestra atención: «Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí.» La petición de Eliseo fue notablemente atendida, ya que, mientras Elías, durante toda su vida realizó ocho milagros, ¡Dios usó a Eliseo para que llevara a cabo dieciséis! Sin duda, la suya fue una «doble porción».

También podemos contemplar la infalible exactitud de la aritmética divina en el versículo 4 del capítulo 8 de Génesis. En los capítulos del 6 al 8 se narra la historia del primer juicio de Dios sobre la tierra, y también como, en su gracia, Dios proveyó de lo necesario a la familia de Noé, quien «halló gracia ante los ojos de Jehová» (6:8), aquel Jehová que también dijo: «Porque a ti he visto justo delante de mí» (7:1). Noé, al entrar en el arca, la cual preparó para la salvación de su casa, fue protegido por la mano de Dios y atravesó las aguas de juicio que cubrieron aquel mundo lleno de pecado. En Génesis 8:4 se encuentran estas evocadoras frases: «Y reposó el arca en el mes séptimo, a los diecisiete días del mes, sobre los montes de Ararat.» ¿Qué necesidad hay de decir hasta el día exacto en que ocurrió? La respuesta se halla en Éxodo, capítulo 12, donde Dios se dirige a Aarón con estas palabras: «Este mes os será principio de

los meses; para vosotros será éste el primero en los meses del año» (v. 2).

¿De qué mes se trataba en realidad? El mes no era otro que el séptimo, que a partir de aquel momento se consideraría el primero de los meses. Posteriormente, en el mismo capítulo, aparece la selección de un cordero inmaculado, su examen y preservación hasta el decimocuarto día del mes, en la tarde del cual sería sacrificado. El cordero era el cordero pascual; y el acontecimiento, la memorable primera Pascua. Muchos años se han sucedido desde entonces, aunque ahora también nos encontremos en el primer mes, aquél que antiguamente fue el séptimo, y en el decimocuarto día: el día de Pascua; si bien éste es el más memorable de cuantos han acontecido, pues en él aparece el Cordero del Calvario, el Cordero de Dios. Contemplemos cómo la multitud, empuñando sus armas, se acerca al solitario huerto, situado junto a un arroyo, para arrestar a Jesús. Al día siguiente, el decimoquinto, un día solemne, el pueblo le crucifica con clavos entre los dos ladrones, «uno a cada lado, y Jesús en medio». Cuando el sol se alza en el firmamento el día posterior, el Señor del cielo, el Príncipe de la vida, se halla en las manos de la muerte. Al día decimosexto de aquel primer mes que había sido el séptimo le sigue el decimoséptimo; ¿y qué es lo que entonces sucede?

La muerte dominó;
  Cristo, mi Cristo;
Y su poder venció;
  ¡Cristo, el Señor!



«Dios [le] levantó, sueltos los dolores de la muerte» (Hch. 2:24), ya que «resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1 Co. 15:4).

Pero, ¿qué relación tiene esto con el arca que construyó Noé para llevar a cabo el plan de Dios? Dejemos que este párrafo de un predicador del siglo pasado, Henry Law, nos dé la respuesta:

> ¿Qué es el antiguo arca para nosotros sino el emblema de su total redención? Él es el único que nos puede librar de todo peligro. Él es nuestro refugio, procedente del cielo. Él es la seguridad que todo protege. Él es el edificio de la vida duradera, el fundamento del que se abastecieron los consejos de la eternidad, erigido en la consumación de los tiempos en las llanuras de la tierra, cuya cúpula se encumbra más allá de los cielos. Él es el exquisito tejido de nuestro abrigo que Dios decretó, señaló y proveyó, y que sitúa ante los hijos de los hombres. Él es el refugio seguro y tan fortificado que todos los rayos del todopoderoso juicio divino se estrellan a su alrededor sin dañarlo, y al que toda la incontenible fuerza de las tormentas de la venganza y la furia de las olas de la ira no pueden más que fortificar. Y así debe ser. Ya que nuestro refugio es el Dios que todo lo puede. Nuestra salvación es el Hijo de Jehová. Nuestro glorioso santuario es el glorioso Jesús.

¿Cuál es pues el significado de aquella sencilla afirmación de Génesis 8:4: «Y reposó el arca en el mes séptimo, a los diecisiete días del mes, sobre los montes de Ararat»? La significación es la siguiente.

De la misma manera que el arca, que protegió a Noé y su familia, atravesó con absoluta seguridad aquellas aguas de juicio y se posó el decimoséptimo día del séptimo mes sobre el nuevo mundo, así también nuestro Arca, el Señor Jesucristo, por siempre bendito, atravesó

el diluvio de la ira de Dios en aquel lugar llamado el Calvario y apareció en un mundo nuevo, el de la vida tras la resurrección, en el aniversario exacto de aquel mismo día. Y así también el creyente, totalmente resguardado en Cristo, en Él pasó a través del juicio y en Él se alzó hacia la vida nueva, hacia el mundo de la resurrección; ya que, sin duda, «las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17).

La Palabra de Dios no se equivoca. A través de los siglos, su exactitud abarca hasta nuestros días. Dios, en su poder, hizo se mostrara la gloria y la excelencia de su Hijo en un gran número de acontecimientos y objetos antes que Él viniera y, con igual perfección y precisión, los puso, posteriormente, por escrito.

Sir Robert Anderson escribe, refiriéndose a aquel mismo día de Pascua:

> La agonía en la medianoche en Getsemaní fue así el gran antitipo de aquella escena de la medianoche en Egipto cuando el ángel destructor recorrió la tierra. Y así como su muerte era el cumplimiento de la liberación de su pueblo, así tuvo lugar en el aniversario de «aquel mismo día (que) sacó Jehová a los hijos de Israel de la tierra de Egipto en orden de campaña» *

Tales son las maravillosas obras de Aquél que dijo: «Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero» (Is. 46:9-10).

* Sir Robert Anderson, *El príncipe que ha de venir* (Grand Rapids: Editorial Portavoz), pp. 134-135.

20
Sacándole provecho a la lectura

Hemos visto que, a pesar de componerse de sesenta y seis libros, las Escrituras no forman un simple conjunto de escritos inconexos. Por el contrario, esos escritos configuran un todo lógico, una unidad orgánica viva y dadora de vida. Tal como corresponde a su autor, Dios Espíritu Santo, las Escrituras son perfectas en su integridad; ninguna omisión las debilita y ninguna redundancia las sobrecarga. La persona a quien se dirige el tema central de sus gloriosas enseñanzas no es otra que Cristo Jesús, el Hijo eterno de Dios. Cuando los propósitos de Dio el Padre hubieron madurado, Él, «el Verbo», expresión perfecta de los planes de Dios para con los hombres, «fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (Jn. 1:14). Él, que siempre había sido perfecto en su Deidad, asumió la perfección de la humanidad. Y al hacerlo, no dejó de lado ni la más mínima parte de ninguna de ellas, sino que fue en uno solo y a un mismo tiempo totalmente humano y totalmente divino. Gracias a su perfecta humanidad, el señor Jesucristo llegó a comprender de una manera com-

pleta nuestras necesidades, y también gracias a su perfecta Deidad, llegó a satisfacerlas por completo.

Y como sucedió con la «Palabra viva», así también sucede con la «Palabra escrita». Revestida del lenguaje de los hombres, desarrollada a través de acontecimientos y situaciones que se adecuan a la vida de los hombres, la Escritura es completamente humana y, en consecuencia, se adapta a nuestras necesidades. Pero aquello que ha sido recubierto de lenguaje humano es también la inspiración misma de Dios; y su divinidad la hace absolutamente infalible, fundamento en el que los hombres pueden construir confiadamente, la única guía a través del inabarcable horizonte de la vida, la única luz verdadera en la oscuridad en medio de un sinnúmero de fuegos fatuos.

Carlyle, el desabrido sabio de Chelsea, describe al hombre como el «vagabundo sobre la faz de la tierra erguido frente a la sibilina cueva del destino que arroja hacia dentro pregunta tras pregunta, y a cuya contestación no acude más que el eco». Sin embargo, sí hay una respuesta, si es que el hombre la busca en la dirección correcta. La respuesta es la Biblia, la Palabra de Dios. El amplio conjunto que forman todas las bibliotecas del mundo contiene libros para cada uno de los estados de ánimo del hombre. Y el libro único de Dios se adapta a la perfección a todas esas situaciones. Así nos encontramos con que su Palabra, en su ilimitada aplicación, viene a ser como su obra. Andrew Jukes ha escrito:

> ¡Cuántos fines lleva a cabo Dios con un solo elemento! El aire llena los pulmones, hace posible el fuego, transporta el sonido, refleja la luz, propaga los olores, nos da lluvia, impulsa los barcos, evapora líquidos, y cumple, además, no sé cuántos propósitos más. El hombre, en su debilidad, construye una herramienta especial para cada propósito; pero Dios usa una sola cosa para muchos.

La única revelación de Dios resulta adecuada para satisfacer cada una de las muchas necesidades del hombre, porque, como dice el salmista, «la suma de tu palabra es verdad» (Sal. 119:160).

Esta perfecta adecuación a los diferentes requerimientos de la humanidad se esclarece a través de doce símbolos que se usan para describir sus funciones. Los siete juntos forman un séptuple propósito que expresa la perfección de la fuente de donde provienen.

1. La Palabra de Dios es un espejo (Stg. 1:23-25). Al mirarnos en él nos vemos tal como Dios nos ve, y también vemos lo que Dios haría con nosotros.

2. Una vez hayamos aprendido algo de nuestra condición ante Dios, su Palabra nos sirve de aguamanil (Ef. 5:26), donde nuestros pecados pueden ser limpiados.

3. Hasta aquí habíamos permanecido espiritualmente muertos (Ef. 2:1); pero la Palabra de Dios es una semilla (1 P. 1:23) que el Espíritu Santo usa para engendrar con rapidez la nueva vida en nuestro interior.

4. Ahora que se nos ha traído a la senda del Señor, necesitamos un guía que nos conduzca por ella, para lo cual contamos con la Palabra, nuestra lámpara y lumbrera (Sal. 119:105).

5. Pero nuestra vida espiritual también necesita ser alimentada, reforzada y saciada. La Biblia es el medio señalado por Dios, el único medio, para llevar a término ese triple propósito; ya que es comida (Jer. 15:16), leche y alimento sólido (He. 5:12) y miel (Sal 19:10).

6. La gracia de nuestro Señor Jesucristo es tal que, a pesar de que Él era rico, se volvió pobre por nosotros, para que a través de su pobreza pudiéramos nosotros ser ricos (2 Co. 8:9). La fuente de la verdadera y duradera riqueza del creyente es la Palabra de Dios, descrita como «oro afinado» (Sal. 19:10).

7. El hijo de Dios, a través de la fe, no es únicamente un hijo, sino también un siervo y un soldado, y como tales debe estar equipado para el trabajo y la batalla de la vida espiritual. La Palabra de Dios le provee de todo lo necesario, pues es fuego, martillo (Jer. 23:29) y espada (He. 4:12). Ataviado y provisto de tal manera, nada más necesita ni el más insignificante de los hijos de Dios.

La relación entre el hombre y el universo que le rodea es una relación doble. Por un lado, cultiva la tierra y extrae de ella la comida que le ha de servir de sostén para lograr el mayor grado de comodidad posible. Sin embargo, el hombre también contempla la inconmensurable extensión de los cielos, y halla en ella edificación y materia de reflexión, al considerar lo inabarcable que es y sus insondables maravillas. De igual manera, la Palabra de Dios proporciona una inagotable provisión de alimento para nutrir y fortalecer la vida espiritual del creyente; y también muestra la infinita bóveda de la centelleante gloria de la gracia para que, al mirarla, nos maravillemos y esa maravilla se transforme en adoración.

Dice así Andrew Jukes, al comparar las obras de los hombres con las de Dios:

> Si estudiamos con detenimiento el trabajo del hombre, no tardaremos en sentirnos fatigados; un poco de atención hará que, con el tiempo, lleguemos a dominarlo. Pero cuanto más miramos la obra de Dios, tanto más atraídos nos sentimos hacia ella. Cuanto más la estudiemos, más nos revelará, descubriendo a cada paso refrescantes e interminables portentos. Fijemos nuestra atención en una porción cualquiera de ella: la tierra, la atmósfera, el firmamento; y veremos cómo cuanto más investiguemos, cuanto más profundamente la examinemos, tanto más llegaremos a la conclusión de que, de hecho, no sabemos casi nada, y que un enorme océano formado por todo tipo de verdades se halla delante nuestro, profundo e insondable.

Lo mismo sucede con la Palabra de Dios. Así como la mina de oro sólo pone su precioso metal al alcance del esfuerzo y la perseverancia del minero, también la ilimitada riqueza de las Escrituras está sólo al abasto de aquél que la busca con diligencia. Para asegurar que el creyente pueda realizar satisfactoriamente esta búsqueda, el Espíritu Santo ha dejado constancia cuatro palabras que nos sirvan de guía.

En Juan 5:39, encontramos el siguiente mandato: «Escudriñad las Escrituras.» Durante la ausencia de la leona, un cachorro atrevido se aleja de la guarida y se pierde entre la maleza; en cuanto la madre se da cuenta de la ausencia de su retoño, parte en su busca. Tras examinar concienzudamente la tierra, encuentra las huellas del perdido y las sigue diligentemente hasta que, por fin, localiza el objeto de su búsqueda. Tal es el significado de esta palabra, de «¡escudriñad!».

En el Salmo 1 se halla la siguiente frase: «En su ley medita de día y de noche» (v. 2). Consideremos la paciente vaca que, después de haber mordisqueado la exquisita hierba en los alrededores del riachuelo, se

acuesta para descansar. No es hasta entonces que empieza a alimentarse en el sentido literal de la palabra. La vaca saca la comida de su primer estómago, lugar donde la había almacenado, y comienza, sin prisa, a masticar la hierba por completo, extrayendo hasta la última gota de su dulzor. A los animales que poseen esta facultad se les llama rumiantes. Y eso es lo que el Espíritu Santo nos manda hacer al utilizar la palabra «¡meditad!».

En tercer lugar, el apóstol Pablo, al escribir, por medio del Espíritu la epístola a los creyentes de Corinto, emplea esta frase: «acomodando lo espiritual a lo espiritual» (1 Co. 2:13). La primera de las leyes que aprende un niño cuando empieza a estudiar matemáticas es la de que sólo puede operar usando elementos de una misma categoría. Sólo si cumple esta condición tan elemental podrá emplear correctamente las cuatro reglas. Intentar explicar la Palabra de Dios partiendo del pensamiento humano y desde la perspectiva humana significa infringir esa ley primordial y exponerse al desastre. Lo espiritual no se aprende haciendo uso de la habilidad natural, sino que es discernido espiritualmente (1 Co. 2:14). El mejor esclarecimiento de las Escrituras es el que da su autor, el Espíritu Santo. Así pues, el Espíritu exhorta al creyente a comparar «acomodando lo espiritual a lo espiritual». Por último, también hay una cuarta y última palabra, que aparece en la epístola de Santiago: «El que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad...» (Stg. 1:25).

Analicemos la manera en que un científico examina un microorganismo. Primero, lo coloca bajo el cristal en el microscopio y después gira la rueda hasta situarla en la posición adecuada; entonces ajusta el enfoque y observa atentamente y durante largo rato los maravillosos

detalles que aparecen ante él. De esta misma manera nos insta el Espíritu Santo a considerar la Palabra de Dios al decir: «¡El que mira atentamente!»

A medida que escudriñemos, meditemos, acomodemos y miremos atentamente las páginas de este Libro inspirado, mientras el poder iluminador del Espíritu Santo se refleje en ellas, no fracasaremos en encontrar en su interior la persona llena de gracia que es Cristo nuestro Señor. Y cuando le veamos, igual que el día sigue a la noche, seremos irresistiblemente atraídos hacia Él, y los seductores lazos del mundo aflojarán su atadura. El contenido de estas líneas será entonces una bendita realidad en nosotros:

¿Qué arrebató la aparente belleza
De los ídolos de la tierra?
No fue un sentimiento de derecho o deber
Sino la contemplación del mérito sin par.
Tal es lo que avistó Pedro al fundirse,
Tal es la cara que Esteban vio,
Tal es el corazón que con María se condolió
Que puede, el sólo, los ídolos quitar;
Quitar y vencer y llenar la copa
Hasta hacerla de su borde rebosar.
¿Qué relación tienen con nosotros los ídolos
Si junto a Él hemos morado?